

EL EJÉRCITO ESPAÑOL EN CUBA

Eladio BALDOVÍN RUIZ
Coronel de Caballería, D.E.M.

HASTA LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

EL origen del ejército en Cuba se remonta al año 1515, con la llegada a la isla de “hombres de armas” formando pequeñas unidades sueltas. Después de la conquista de La Florida se amplió y dotó de guarnición el primitivo fortín de la Fuerza y ante la amenaza del pirata Drake llegó a reforzarse de tal forma que, cuando se presentó frente a La Habana con dieciséis barcos, desistió del ataque.

Felipe II para la defensa de la capital ordenó la construcción de los castillos del Morro y de la Punta y con la llegada de los Borbones se organizaron las fuerzas de La Habana en un batallón de Infantería, una compañía de caballos ligeros y otra para el servicio de Artillería; que, además, cubrían un destacamento fijo en Santiago de Cuba y otros eventuales. La defensa de las posesiones de Ultramar estaba basada en guarniciones de tropas veteranas en las principales plazas y el refuerzo con otros cuerpos en tiempo de guerra; también existía una milicia colonial, mal armada y preparada. Siguiendo esta norma, la isla de Cuba fue reforzada en varias ocasiones y devueltas las tropas a su destino una vez que había pasado la alarma.

En 1753 se creó el Regimiento Fijo de La Habana con dos mil plazas, en su mayor parte reclutadas en Canarias; Caballería formó cuatro compañías y Artillería una. Pocos años después, cuando se temía un conflicto con Inglaterra, llegaron a la Gran Antilla los primeros cuerpos expedicionarios y el 6 de junio de 1762 se presentó en La Habana una potente flota inglesa con más de doscientos barcos y una fuerza invasora de dieciséis mil hom-

bres que, al día siguiente, inició un ataque que duró dos meses y terminó con la capitulación de la plaza.

Antes de acordarse la paz, el conde de Riela llegó a la conclusión que era necesaria la participación en bloque de la población y propuso la creación de una milicia disciplinada en Cuba, dotada de organización permanente, uniforme, equipo e instrucción. El proyecto mereció la aprobación regia y después de recuperar la isla se organizó a base de batallones de infantes y regimientos de jinetes. Unidades que no eran para sustituir al ejército regular, sino para reforzarlo cuando fuera necesario.

De aquellos tiempos arranca la organización de las defensas de los puertos de Cuba, con la construcción en La Habana de la fortaleza de la Cabaña, el castillo del Príncipe y baterías que completaban la defensa de la boca del canal de entrada, con lo que resultaba una de las plazas más fuertes del mundo. También se trabajó en Matanzas y Santiago de Cuba, actividad que duró hasta la mitad del siglo XIX. En el ejército regular, el Regimiento Fijo tenía que ser reforzado con otro de la Península cada cinco años, se creó el de Caballería Dragones de América y dos compañías de Artillería. Aunque para evitar el gasto de transporte cada lustro, se organizó el Regimiento de Cuba, con hombres reclutados en Canarias, que junto con el Fijo eran las unidades de guarnición cuando estallaron las guerras con Francia y Gran Bretaña en la década de los noventa.

Al iniciarse el siglo XIX había en Cuba dos regimientos y un batallón de Infantería, un escuadrón, dos compañías de Artillería y un destacamento de Minadores. Durante la guerra de la Independencia contra Napoleón, el Gobernador levantó compañías a pie y montadas y puso en armas las milicias; en 1816, con los dominios del Continente sublevados, llegaron unidades desde la Península y en 1823, en previsión de un ataque desde los territorios que terminaban de emanciparse, desembarcaron dos batallones: dos mil soldados capitulados y novecientos canarios.

Después de la reorganización de 1826 Cuba disponía de once mil quinientos veintiséis soldados y en 1829 las aspiraciones de Fernando VII de recuperar el Virreinato de Méjico llevaron a organizar una expedición de poca entidad, que volvió después de sufrir considerables pérdidas debidas a una epidemia y pocas a las balas. En 1832 la guarnición se componía de ocho regimientos de línea, cinco ligeros, una unidad llamada brigada y cuatro compañías de Infantería, un regimiento de Lanceros y cinco compañías de Artillería a pie, una montada y otra de montaña.

Este ejército, pagado con el presupuesto de la isla, había crecido en poco tiempo arrastrando graves vicios, que fueron combatidos por los capitanes generales con tal éxito que en 1850 se disponía de dinero para orga-

nizar nuevas unidades. Llegando a 1855 con trece regimientos y seis batallones, dos regimientos de Lanceros, otro de Artillería, un batallón de Ingenieros, una Unidad de la Guardia Civil y quedó organizada la milicia de color y los cuerpos de voluntarios.

En estas fechas se alcanzó el punto culminante de la defensa de Cuba y a partir de ese momento las obras se pararon y la guarnición disminuyó. Los presupuestos de la isla atendían en el capítulo Guerra al personal, subsistencias y utensilios, vestuario, equipo y remonta, transportes, marchas y movimientos, justicia militar, material de Artillería e Ingenieros, hospitales y clases pasivas. En total Guerra y Marina en 1839 se llevaban el 80% del presupuesto y éste tenía un superávit de más de millón y medio de pesos; en 1852, año de la creación del Ministerio de Ultramar, ambos conceptos importaban el 70% y el superávit era de poco menos del millón, pero en 1860 el déficit total del presupuesto era cerca de dos millones y medio. La necesidad de economías fue una de las causas de la decadencia, pero la principal fue la falta de un plan fijo y que los gobiernos olvidaron sus obligaciones militares en Ultramar.

En poco tiempo el ejército de Cuba vio disminuidos sus efectivos en ocho batallones, pero intervino fuera de la isla enviando varios cuerpos con motivo de la anexión y campaña de Santo Domingo y formando parte con tropas francesas e inglesas en la Expedición a Méjico que, gracias al buen criterio del general Prim, regresaron cuando los franceses quisieron imponer el imperio de Maximiliano.

En 1868, cuando estalló la insurrección, el ejército permanente de Cuba estaba formado por el Capitán General, jefe superior e inspector nato; un mariscal de campo Segundo Cabo y general en jefe; dos mariscales subinspectores de Artillería e Ingenieros; una sección de Estado Mayor al mando de un brigadier y otros once brigadieres en diferentes destinos. Las unidades con su cobertura teórica, no real, eran: Infantería, ocho regimientos a dos batallones y cuatro batallones de Cazadores, con ocho mil trescientos cincuenta hombres; Caballería, dos regimientos con mil ochenta y cuatro hombres y novecientos caballos; Artillería, un regimiento a pie con dos batallones, otro de montaña con seis baterías, una montada y una compañía de obreros, con mil quinientos sesenta y tres hombres; Ingenieros, un batallón con quinientos ochenta y cinco hombres; Guardia Civil con un tercio de ochocientos veintiocho hombres y doscientos tres caballos y la Brigada Sanitaria con trescientos veintidós hombres para los hospitales. Las milicias estaban constituidas por cuatro mil dieciséis hombres y dos mil trescientos cuarenta caballos y los voluntarios sumaban diez mil trescientos veintitrés en toda la isla.

El incremento del ejército regular en Cuba durante la primera mitad del siglo obligó a reglamentar su reemplazo, con la rara unanimidad que debían

ser peninsulares los que defendieran la soberanía española. Así, desde 1828 se realizaba mediante el alistamiento de paisanos en los depósitos que los Cuerpos tenían en la Península y desde 1852 en las cajas de quintos, ingresando los voluntarios en regimientos de la costa para recibir la instrucción premilitar. Más tarde se admitieron soldados veteranos y reenganchados.

En 1854 los paisanos y licenciados recibían gratificaciones de veinte y quince duros por ocho o seis años y se hicieron extensivos los premios pecuniarios de la tropa, por aplicación de la ley que regulaba la redención a metálico. Un año más tarde se estableció el orden de preferencia para Infantería y Caballería: Paisanos y licenciados, quintos, residentes en Cuba, soldados veteranos voluntarios, prófugos y desertores de primera vez y, si fuera necesario, por alistamientos extraordinarios. Las bajas de Artillería se cubrían con los regimientos de la Península y las de los demás Cuerpos e Institutos con reclutas y soldados de Infantería. Cuando no hubiera voluntarios, el sorteo del número necesario en las unidades debían celebrarse con la máxima excrupulosidad y comprender la totalidad de los soldados del batallón. A los que les correspondía podían elegir entre rebaja del tiempo de servicio o premios pecuniarios y se admitía el cambio de número entre los interesados.

Inicialmente, como se cubrían fácilmente las bajas, las autoridades militares eran exigentes con las condiciones de alistamiento; después fueron facilitando el ingreso y mejorando las condiciones económicas, sin que hasta la guerra de 1868 se presentara ningún problema. Los licenciados al volver a la Península con buen aspecto y con el dinero que recibían al desembarcar, cantidad correspondiente a la economía hecha en sus haberes durante seis años, eran la mejor propaganda.

El pase de sargentos inicialmente era recíproco, tantos regresaban tantos iban. Desde 1860 su reemplazo se daba dos terceras partes a los ejércitos de Ultramar y los restantes a la Península y eran preferidos los que solicitaban el pase en su empleo a los que lo pedían con ascenso. En Infantería y Caballería cuando cumplían las condiciones conservaban el ascenso a su regreso, lo mismo que las recompensas y ventajas obtenidas.

Desde 1854 y 1859, en las Armas generales y en Ultramar se daban al ascenso la mitad de las vacantes de jefes y subtenientes y las dos terceras partes de capitán y teniente, que se cubrían por antigüedad; las restantes correspondían al turno de la Península y se proveían por ascenso, en ausencia de aspirantes a pasar sin él. Cuando no había voluntarios se designaba al primero de la segunda mitad de la escala del empleo inferior. Para conservar el empleo debían permanecer el plazo reglamentario y lo perdían si regresaban antes.

El reglamento de 1867 adjudicaba las vacantes de Cuba entre su ejército y el de la Península por mitades; las de alférez de la misma forma entre sargentos primeros y cadetes de ambos procedencias. El pase seguía voluntario en el empleo, con ascenso o sorteo entre los segundos tercios de la escala del empleo inferior.

En los Cuerpos facultativos de Estado Mayor, Artillería e Ingenieros, por unificación de normas en 1858, las vacantes en Ultramar se proveían en la clase inferior de la Península, ascendiendo a los voluntarios más antiguos o por sorteo. Nombrados, recibían el ascenso correspondiente del ejército de Cuba y cuando regresaban, después de cumplir los plazos, eran destinados con arreglo al empleo que les correspondía en la escala general, sin perjuicio de recibir el sueldo del empleo superior que había servido en la isla, considerando a éste de Infantería, Caballería o del Ejército. Las vacantes de subalterno de Artillería las cubrían hasta 1866 los oficiales de la escala práctica procedentes de sargento o, al extinguirse esta clase, tenientes y alféreces de las Armas Generales, según fueran plaza a pie o montada.

LA GUERRA DE LOS DIEZ AÑOS

Desde el Grito de Yara, el 10 de octubre de 1868, la guerra a lo largo de diez años tuvo sus altibajos, tanto para la causa española como para los insurrectos. Al iniciarse la insurrección el capitán general Lersundi envió a las poblaciones amenazadas las pocas tropas que podía disponer, al mismo tiempo que iniciaba las gestiones para que depusiesen las armas los levantados y ofrecer el perdón a todo el que se presentase. Nombró al Segundo Cabo, conde de Balmaseda, jefe de operaciones, que llevaba de jefe de Estado Mayor al coronel Weyler y, con una columna después de una penosa marcha recuperó la ciudad de Bayamo, tomada por los insurrectos, y salvó a otras en peligro.

Designado primera autoridad el general Domingo Dulce, el gobierno de la revolución de septiembre creyó que con medidas de benevolencia lograría la paz, prometió futuras reformas y concedió amnistía por delitos políticos. Pero la insurrección no decaía, favorecida por las contemplaciones y la falta de energía se extendía por las provincias de Oriente, Puerto Príncipe y Las Villas. El Capitán General tuvo que echar marcha atrás en las conciliadoras medidas y ni aún así logró tranquilizar a las unidades de voluntarios, que eran las únicas que defendían La Habana, que los expulsaron de la isla, siendo uno de los sucesos más vergonzosos de la guerra.

En las primeras operaciones no existió unidad de acción, principalmente por la falta de enlace entre los mandos de todos los niveles; además como

se desconocía el terreno y la situación de los insurrectos las unidades andaban a ciegas. Por no estar organizados los servicios de víveres y municiones, las columnas podían llevar como máximo seis u ocho raciones y como no había donde dejar los enfermos y heridos, las operaciones se reducían a ir de un pueblo a otro o recorrer el campo y regresar al punto de partida.

Nombrado el conde de Balmaseda Capitán General, que tenía de jefe de Estado Mayor al brigadier Martínez Campos, reactivó las operaciones y en cada departamento estableció cierto número de centros militares. Dividió el territorio en sectores con una dimensiones que permitiesen a las tropas recorrerlos en diez o doce días y destinó de uno a tres batallones, uno o dos escuadrones e igual número de piezas a cada uno, según su importancia. En el centro estableció un fuerte capaz de ser defendido por una pequeña guarnición, con depósito de municiones, raciones y una enfermería. La falta de tropas y medios impidió que se alcanzasen los resultados previstos y aunque se lograron algunos éxitos, el Capitán General presentó su dimisión.

Durante la República, como la insurrección conocía que España no podía enviar refuerzos, aprovechó el tiempo para organizarse y reunir fuerzas. Entre 1873 y 1874 alcanzó la importancia que no había tenido nunca. Ya no era posible seguir con el territorio dividido en zonas y recorrido por pequeñas columnas, para responder a la fuerza del adversario eran necesarias columnas de dos o tres mil hombres instruidos, que actuasen en combinación con otras.

Los insurrectos estaban decididos a cruzar la trocha y llevar la guerra a la rica provincia de Las Villas, entonces pacificada. En enero de 1875 lo realizó Máximo Gómez con una considerable fuerza, con propósitos bien definidos: *El remedio simple, fácil, económico y decisivo es quemar la colmena, entregar a las llamas todos los ingenios azucareros de Las Villas y Occidente y reducir a escombros y cenizas el comedero de nuestros enemigos*. La acción sorprendió a los españoles con la trocha poco guarnecida y la provincia con escasas tropas.

El Capitán General dispuso que fuerzas de los departamentos Central y Oriental se concentrasen en Las Villas, pero por falta de comunicaciones se efectuó con mucho retraso. A medida que llegaban trataban de evitar que el enemigo entrase en las jurisdicciones de Colón y Cárdenas y se extendiesen por los valiosos ingenios de esa parte de la isla. Afortunadamente para las armas españolas el provincialismo de los insurrectos y las rivalidades entre ellos frenó su actividad.

Desde la República pasaron por el mando superior de Cuba, sucesivamente, los generales Pieltain, Jovellar, Gutiérrez de la Concha, el conde de Balmaseda y otra vez Jovellar, quien presentó su dimisión con motivo de la

toma de la localidad de Victoria de Tunas por las fuerzas insurrectas. El Gobierno consideró que era necesario separar el mando único que ejercían los capitanes generales, porque no era posible estar a un tiempo en campaña y al frente del gobierno general de la isla. Confirmó al general Jovellar como jefe superior de la administración civil y militar y nombró al general Martínez Campos como general en jefe, sin más subordinación que la autoridad suprema del Gobierno.

Según informes de Martínez Campos, el ejército estaba reducido a una defensiva absoluta y el enemigo imperaba en todos los lados. Situación que no sólo era debida a los insurrectos, porque el abandono de todos los servicios, la desorganización de los transportes y la incuria en todos los ramos de la administración militar habían colocado a las unidades en el estado más lamentable. Se debía la paga a oficiales y tropa desde abril, lo que contribuía al mal ambiente que reinaba.

Organizó sus fuerzas en ocho comandancias, de las que cuatro correspondían a Las Villas, donde se propuso terminar con la insurrección antes de adoptar un plan general que llevase a la total pacificación de la isla. Buscaba salvar los importantes intereses que aún quedaban en los campos e impedir que los insurrectos avanzasen por las jurisdicciones vecinas. Con casi todos los refuerzos que llegaron de la Península ocupó militarmente el departamento y, desde noviembre de 1876 a fines de mayo siguiente, ahogó la insurrección.

Dividió el territorio que aún estaba dominado por los rebeldes en cuatro comandancias generales y en dos el que terminaba de pacificar. Las primeras organizadas en polígonos irregulares a los que llamó "Zonas Militares", que fueron tantas como batallones pudo colocar, después de guarnecer las ciudades. La Caballería y las guerrillas también las distribuyó por las zonas, la Artillería la empleó en custodiar los pueblos y fortalezas y los Ingenieros se ocuparon inicialmente en trabajos de fortificación o acuartelamiento y después en operaciones. Las fuerzas de cada dos zonas formaban una media brigada y las de cuatro una; éstas, en número variable, se agrupaban en divisiones, según el territorio que ocupaba cada comandancia.

Una vez ocupado el terreno y organizada la información y el espionaje, ordenó empezar las operaciones activas. Dispuso que no se fusilase a los insurrectos y que fueran tratados con miramiento ellos y sus familiares; como en el campo no tenían tregua ni descanso, estaban hambrientos y eran recibidos con consideración, muchos se presentaron a indulto. A lo que se sumaba, para favorecer la causa española, los enfrentamientos internos y rivalidades que padecían las fracciones rebeldes.

El ejército en Cuba sufrió graves inconvenientes para adaptarse al sistema de lucha de los insurrectos, al terreno y clima. Se enfrentaba a reglamentos y a jefes veteranos que, con muchos años de servicio, gozaban de gran influencia y se oponían a reformas que les separase de sus ideas y prácticas en otros tiempos y campos que no eran los de Cuba; incluso había quienes defendían que nada de lo que estaba escrito era de aplicación a esa guerra.

Otras singularidades se observaron durante la contienda, como fueron las condiciones de los oficiales de menor rango, la falta de unidades de Caballería y las trochas. En relación a la primera, después de varios años de campaña, no sólo en Cuba, también en la Península, las clases de tropa por su valor y constancia habían ascendido desde cabo a capitán; pero ello no era suficiente para estar en una guerra colonial al frente de una compañía, escuadrón o sección y salir a operar como jefe único.

Los insurrectos contaban con muchos y buenos jinetes, que manejaban diestramente el machete y el arma de fuego tanto a pie como a caballo. Su infantería también aprovechaba el abundante ganado del país e iban muchos montados para marchar, dejándolo oculto para atacar. En cambio el ejército de operaciones no podía cubrir las mínimas necesidades de los servicios peculiares de Caballería, por eso normalmente no formaba parte de las columnas. Las pocas unidades se dedicaban casi exclusivamente a acompañar convoyes, proteger líneas de ferrocarril o dar seguridad en la trocha y cuando acompañaban a las columnas constituían parte de la reserva. Al iniciar las operaciones dejaron las lanzas, porque en la manigua no eran nada más que un estorbo, los bosques imposibilitaban su empleo y en el combate restaban libertad de movimientos; el sable y la tercerola fueron armas más adecuadas, incluso se ensayó el machete del país. Todavía en 1873 se pretendió dotar de lanza a la mitad de las unidades.

Para compensar esta falta, en las columnas, algunos jefes de batallón empezaron a elegir un oficial y veinte o treinta soldados que con caballos y monturas que cogían al enemigo o en las fincas, organizaban una fuerza montada, que después fue aumentando. Primero recibió el nombre de contraguerrilla y después el de guerrilla, podía combatir a pie o a caballo para sorprender al enemigo, explorar, cubrir flancos o despliegues, combatir pequeñas partidas, etc. ¡Se habían inventado los Dragones! Esta caballería, quizás la más irregular que haya existido, dio buen resultado porque todos sus hombres eran seleccionados, pero cometió el error de no cuidar los caballos y como los insurrectos hacían lo mismo en 1872 llegó a escasear el ganado.

Dado el resultado de las guerrillas de batallón, el Capitán General resolvió aumentarlas organizando otras llamadas volantes y locales. Las primeras eran escuadrones de cien caballos y ciento treinta hombres, de los cua-



Grupo de insurrectos en La Manigua.

les la tercera parte soldados españoles y el resto del país; estaban mandadas indistintamente por oficiales de Infantería o Caballería y algunas se reunieron para formar batallones. Las locales se formaron con paisanos en pueblos o centros militares.

Las trochas tienen su origen en la provincia de Las Villas, donde la insurrección no logró arraigar sólidamente porque allí se enviaron considerables refuerzos llegados de la Península. Las partidas rebeldes para huir de la persecución se pasaban al departamento Central, donde por falta de fuerzas españolas podían organizarse y descansar, para regresar después.

Para evitar esta actuación del enemigo, la autoridad militar de las Villas se propuso vigilar los confines de esta comarca e incrementó las fuerzas de las poblaciones de Morón y Ciego de Ávila. Para establecer comunicación entre ellas se construyeron en el intermedio algunos fuertes, guarnecidos por pequeños destacamentos; haciendo lo mismo entre Ciego y el puerto de Júcaro, pues por él se suministraban, sirviendo de apoyo a los convoyes.

Estando Morón muy inmediato a la costa norte y Júcaro en la sur, la línea que pasaba por estos pueblos dividía la isla en dos partes, con una longitud de 17 leguas cubanas, y favorecía establecer una línea defensiva continua para evitar que los insurrectos del Camagüey pasasen a Las Villas. El terreno no presentaba grandes dificultades y había bosques con madera abundante, así que se decidió situar obras de fortificación cerrada a cierta distancia unas de otras, unidas por una estacada de madera; construyendo a retaguardia una línea férrea y a vanguardia cierto número de fuertes que sirviesen de apoyo cada uno a una guerrilla montada, las que extendiéndose por grupos entre ellos, explorasen y avisasen a la línea principal la presencia del enemigo.

Aunque una línea de tanta longitud era de dudoso resultado, si se hubiera construido bien y defendido convenientemente es probable que, dada su situación, el resultado hubiera sido satisfactorio. Pero lo que se hizo fue salir del paso y consecuencia de la precipitación fue el mal resultado. Las obras se hicieron en poco tiempo, pero duraron menos y las enfermedades causaron estragos. Nunca estuvo concluida la estacada, pues siendo de madera mala, se pudría por una parte antes de haberse terminado por la otra, sucediendo lo mismo con los fuertes que estaban construidos de la misma manera.

EVOLUCIÓN DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES

Cuando se inició la guerra, Cuba estaba indefensa. Las economías y principalmente el abandono había dejado a las unidades en cuadro, al licenciar o rebajar un elevado número de soldados para recortar los gastos del

presupuesto. Se calculaba que solamente eran combatientes de seis a ocho mil hombres y muchos de los que estaban en filas ocupaban puestos y destinos ajenos al servicio, situación favorecida por la larga paz.

Las unidades, que llevaban años haciendo una tranquila vida de guarnición, se encontraron que carecían de toda clase de medios, armamento para toda la plantilla, municiones, raciones, uniformes y material de campamento, y, lo más grave, no existía organización de los servicios de campaña, transporte, sanitario y subsistencias. Las tropas que no salían de sus cuarteles, pues existía la creencia que los soldados europeos no podían soportar el calor y la lluvia, no estaban aclimatadas y desconocían el terreno donde tenían que moverse. Como llevaban varios años sin efectuar ningún relevo, los mandos, aunque residentes, hacía tiempo que en la isla recorrían poco más que las calles de sus ciudades.

Las unidades de milicias y voluntarios eran sólo de representación. Únicamente estaban nombrados los principales mandos, que eran las personas más destacadas de cada población y no existía otra organización estable; pues se había abandonado durante los años de paz.

Para reforzar tan reducidas fuerzas el Capitán General organizó varios batallones de movilizados e incluso unidades de voluntarios de color (libertos). En la Península, el Gobierno invitó a las unidades de Infantería a pasar a Cuba y en enero de 1869 embarcaron cuatro batallones, a los que siguieron el mismo año dos más, otros cuatro de Infantería de Marina, catorce formados con voluntarios de clase de paisanos o licenciados y reemplazos para sustituir las bajas y crear nuevas unidades.

Este considerable incremento del ejército de Cuba, se vio notablemente frenado los años siguientes. Así, en 1870 sólo se envió un batallón y en 1871 fueron por primera vez fuerzas considerables por sorteo, con el embarque de cuatro batallones de Cazadores. En 1872 se organizaron en la Península dos batallones provisionales y en los dos años siguientes uno. En julio de 1874 se produjo la unificación del ejército permanente y el expedicionario en Cuba, quedando una sola escala para los ascensos y ventajas, pudiendo los oficiales y clases del segundo al pasar al permanente verificarlo con el empleo superior, siempre que no hubieran obtenido esa ventaja por méritos o propuesta reglamentaria, recibiendo entonces el grado superior. También se procedió al cambio de nombres y numeración de las unidades.

Las fuerzas en Cuba eran totalmente insuficientes porque, si bien había aumentado el número de unidades, con los reemplazos que llegaban no se cubrían las bajas. Como informaba el general Riquelme, jefe de las operaciones, los batallones después de deducidos los hospitalizados, destacamentos, músicos, destinos, bajas por enfermedad, etc. quedaban reducidos

a doscientos hombres. Calculaba que las bajas anuales por todos los conceptos eran como mínimo del 20% y éstas no se podían deducir nada más que de las columnas. Además encontraban graves dificultades para abastecerse y en la asistencia sanitaria, por falta de medios en campamentos y hospitales, las epidemias causaban estragos.

El ejército de la isla necesitaba refuerzos, pero poca ayuda podía prestarle una España en plena agitación, carcomida por sus contiendas internas, que consumía todos los recursos y soldados que hacían falta para defender la Gran Antilla. Sólo un incidente internacional con los Estados Unidos, por el apresamiento de un barco filibustero, tuvo la gracia de llamar la atención del Gobierno y con toda urgencia y a alto precio compró en Alemania seis cañones Krupp y pocas municiones para la defensa de La Habana, de los que tres se montaron y los otros quedaron sobre polines porque pasó el peligro.

Después de la Restauración, a primeros de 1875, el Gobierno prometió enviar a Cuba medios económicos y militares a medida que la guerra carlista lo fuera permitiendo. Dispuso que la décima parte del reemplazo de ese año fuera a Cuba por sorteo, lo que le permitió reforzar la isla cubriendo numerosas bajas y embarcar cinco batallones provisionales. Por fin se destinó un regimiento de Caballería a una guerra en la que el enemigo y el terreno hacían imprescindible el empleo de esta Arma.

Terminada la Campaña del Norte en la Península, el Gobierno pudo reunir los elementos necesarios y, dispuesto a terminar la guerra, en junio de 1876, procedió a organizar veinte batallones y tres regimientos de Cazadores de Caballería.

Para dominar la insurrección, España, durante diez años, aunque de forma muy irregular, envió a Cuba un total de doscientos diez mil cuatrocientos dieciséis hombres, de los cuales cincuenta y seis mil setecientos fueron formando unidades y ciento cincuenta y tres mil setecientos dieciséis reemplazos para cubrir bajas o crear nuevos cuerpos en la isla. El ejército de operaciones cuando llegó a contar con más fuerzas fue en enero de 1877, que, de un total de noventa y cinco mil ciento trece, tenía disponibles setenta mil trescientos cuarenta y seis hombres.

Durante toda la guerra, según los datos de la época, hubo un total de cincuenta y siete mil cuatrocientos noventa y cinco muertos; de los cuales cincuenta y cuatro mil veintiséis fueron por enfermedad y tres mil cuatrocientos sesenta y nueve en acción de guerra. Fueron bajas definitivas por inútil o enfermo doce mil siete y se contabilizaron tres mil quinientos noventa y seis desertiones.

Los sucesivos gobiernos trataron de mantener la recluta voluntaria para reforzar el ejército de Cuba, aunque como el sistema no cubrió las necesidades hubo de recurrir a sorteos. A medida que pasaba el tiempo se reba-

jaban las condiciones exigidas a los voluntarios y se recurría a incrementar los premios y gratificaciones. En 1876, para organizar los veinte batallones, se ofreció a los soldados voluntarios mil reales al admitirlos y otros mil cada año que sirviesen en Ultramar. Había premios para las clases y mandos que se distinguían en su labor de recluta e incluso estaban autorizadas empresas particulares y ayuntamientos para presentar tantos sustitutos como reclutas faltaban en el cupo de determinadas provincias. A los prisioneros carlistas se les ofrecía ingresar voluntarios y fueron forzosos todos los que por edad les hubiera correspondido servir en Ultramar.

Como el problema era enviar el número ordenado, muchos soldados demasiado jóvenes enfermaban y se inutilizaban con facilidad; muchos eran sustitutos entre los que no abundaba lo bueno, pero la mayoría no traían ninguna instrucción y en Cuba no se les impartía tampoco. Además de no haber tiempo suficiente, existía la creencia que bastaba con lo que les enseñaban los veteranos. Cuando tenían hombres y caballos estaban convencidos de que disponían de Caballería; no eran jinetes, pero en campaña aprenderían a serlo y con perseguir a caballo al enemigo era suficiente para que éste huyese.

PERÍODO ENTRE-GUERRAS

Antes de firmar la paz, en junio de 1878, el Capitán General, con autorización del Gobierno, procedió a reorganizar y reducir sus fuerzas, suprimiendo veinte batallones regulares y cinco movilizados, quedando todas las unidades integradas en seis comandancias generales, con mayor concentración de fuerzas en Oriente. Poco después, antes de estallar la llamada guerra Chiquita, volvió a proponer otra considerable reducción de las unidades de Infantería y Caballería y la disolución de las guerrillas, que fue aprobada ya iniciada la rebelión.

La prisa de la primera autoridad de Cuba en solicitar y del Gobierno por aprobar la disolución de unidades, milicias y voluntarios no tenía más razón que tratar de reducir el enorme déficit que el presupuesto de la isla había acumulado durante los diez años de guerra. Por ello, otra nueva reducción volvió a sufrir el ejército en 1881, para dejarlo *en armonía a las necesidades del servicio y con las economías que exige el presupuesto*.

Después de la natural desmovilización al terminar la guerra, una vieja y perniciosa costumbre dio entrada en los cuadros permanentes del Ejército a los jefes y oficiales de la milicias disciplinadas que se encontraban movilizados, siempre que reunieran tan someras condiciones, que sólo quedaron fuera los analfabetos, agravando el problema del exceso de mandos.

Se volvió a cubrir las bajas de Ultramar con voluntarios procedentes de paisano, cumplidos del ejército o pertenecientes a la reserva y reclutas. Si el alistamiento voluntario no era suficiente se procedía al sorteo. Todos a los cuatro años recibían la licencia absoluta y a los que correspondía por sorteo, podían librarse mediante la redención a metálico o la sustitución personal. En caso de guerra, si fuera necesario, se realizaría un sorteo con el personal de los cuerpos activos e incluso se enviarían éstos al completo.

En 1884 y 1885, otra vez por economía, el Gobierno autorizó al Capitán General a reorganizar sus fuerzas. El resultado fue un recorte de unidades en todas las Armas, se rebajó el haber mensual de los voluntarios y quedaron suprimidas las unidades de milicias blancas y de color, quedando su organización a criterio de la primera autoridad. El estado de defensa de Cuba estaba alcanzando sus cotas más bajas, porque a las reducciones y disoluciones se sumaba la carencia de todos los recursos necesarios; todavía estaban sin montar los cañones comprados hacía diez años y otros recibidos por aquellos tiempos.

Las economías habían obligado a rebajar a cuatro las compañías de los batallones y a disminuir forzosamente una parte de su fuerza, dando el espectáculo de poner a soldados en las puertas del cuartel para que buscasen trabajo para poder vivir, con la sola obligación de comunicar su residencia. Por falta de presupuesto no podían estar en filas, pero tampoco se los devolvía a la Península. Sin dinero para mantener a los soldados, ¿cómo podía haber para comprar armamento y construir fortificaciones?

Solamente otra amenaza exterior, cuando estalló el conflicto de las Carolinas con Alemania, llamó la atención del Gobierno y dio las órdenes y recursos necesarios para instalar en la batería de Santa Clara los tres cañones Krupp. Se abrió una suscripción nacional para obtener fondos y al cabo de unos meses estaban montadas las piezas. En 1885 quedaron los seis cañones en condiciones de defender la plaza de La Habana, porque eran los únicos que tenían, pues los demás eran piezas de museo. Pasado el peligro todo quedó en suspenso, tanto las fortificaciones como el artillado y los créditos fueron desapareciendo.

En tiempo del general Salamanca como primera autoridad de Cuba, una comisión de Estado Mayor, Artillería, Ingenieros y Marina recorrió el litoral haciendo un estudio de la defensa de los puertos principales, para que todos los trabajos que debían realizarse respondieran a un plan general, teniendo en cuenta todas las necesidades y recursos; al mismo tiempo, llegado el momento, pudieran emprenderse simultáneamente en varios puntos.

Para evitar la situación anómala de recibir más tropas que las que correspondían a la cantidad presupuestada, propuso la creación de una brigada expedicionaria situada en Canarias; donde a la vez que se instruíra se

aclimatada, para disponer de ella en cualquier momento y en condiciones de entrar en campaña a los diez días de solicitarla. A las unidades de la isla, que estaban inactivas de guarnición en las localidades más importantes, les ordenó el traslado sin emplear ferrocarril ni barco, sino en marchas ordinarias, sin prisa pero cruzando los campos, para que los soldados se acostumbraran a la manigua y el sol. El general consideraba que las unidades debían huir de la vida cómoda de las ciudades y que, además de los ejercicios de instrucción, necesitaban movilidad y sobre todo que los guajiros se acostumbraran a la presencia de las fuerzas.

Durante su mandato se esforzó en luchar contra el endémico bandolerismo, misión que correspondía a la Guardia Civil. El Instituto en Cuba no tenía del de la Península nada más que los mandos y el reglamento; no estaba formado por veteranos de acreditados servicios, sino por quintos escogidos entre los que llegaban, para inmediatamente prestar servicio por parejas en terreno que desconocían, armados con fusiles Remington y mal municionados. Por eso no eran tan eficaces ni lograban imponer el respeto que tenían en la Península. Para mejorar el servicio, unió todos los puestos con la red telefónica y logró que los propietarios de las fincas compraran nuevo armamento para renovar el viejo que disponían.

En 1889, el Ministerio de la Guerra dispuso provisionalmente que fueran destinados a Ultramar los jefes y oficiales que lo solicitaran en sus propios empleos. Aunque en junio del mismo año publicó la normativa definitiva, en la que se volvía al tradicional pase con ascenso, voluntario o por sorteo; pero triunfaron los criterios de los Cuerpos de escala cerrada y al regresar continuaban ocupando sus puestos en la escala de su clase como si hubieran permanecido en la Península, perdiendo el empleo superior condicional que se les otorgó. Si durante su permanencia en Cuba se les otorgaba algún empleo por méritos de guerra, se entendía sobre el que disfrutaban en la Península.

Nombrado Capitán General y Gobernador el general Polavieja, pretendió que el Gobierno conociese en toda su verdad la situación política, económica y social. Después de abortar una nueva intentona separatista, profetizó reiteradamente la pérdida de la isla: *Si hemos de ser siempre los mismos, mal desenlace veo en la cuestión de Cuba. Cuba se perderá para la civilización y de ella saldremos de muy mala manera.*

Sin aumentar los presupuestos de Guerra, estudió la forma de disponer de un mayor número de soldados para poder constituir una reserva que entonces no existía; pero donde destacó su acción fue en la lucha contra el bandolerismo. Asumió personalmente el mando y organizó bajo su dirección un centro encargado exclusivamente de su persecución; con ello trata-

ba de evitar las nefastas competencias y rivalidades entre las autoridades civiles y militares, entre la Guardia Civil y el Ejército. Como la Benemérita era insuficiente, dedicó unidades de Infantería y Caballería y en poco tiempo el panorama cambió radicalmente. Las dos zafras de este tiempo fueron las mayores que había conocido Cuba.

El ministro de Ultramar Romero Robledo asumió con tanto interés la política de ahorro del Gobierno, que en diciembre de 1891, para economizar, implantó unas reformas que cambiaban el régimen administrativo de la isla; pero que también aprovechó para reducir la autoridad del Capitán General como Gobernador General, restándole atribuciones en beneficio de los gobernadores civiles en un momento crítico, lo que fue motivo de la dimisión del general Polavieja.

Continuaron las medidas económicas hasta llegar a nivelar el presupuesto, a costa, entre otras medidas, de una nueva reducción de la guarnición. El presupuesto de 1892-93 alcanzó la cifra de cuatro millones de pesos, veinte millones de pesetas de ahorro respecto al anterior. Los gastos representaban la menor cifra de todos los años precedentes, incluido el 1867-68, antes de iniciarse la guerra de los Diez Años.

Mientras tanto la situación de Cuba se iba agravando. El creciente malestar debido a la subida de las tasas e impuestos, la corrupción administrativa, las discordias entre los partidos políticos legales, no hacía nada más que crear el ambiente propicio para el desarrollo del separatismo, que no había dejado de laborar desde la paz del Zanjón. Sus actividades se aceleraban en toda la isla y su manifestación en las distintas provincias demostraba la existencia de una conspiración general y coordinada. El levantamiento de Holguín rápidamente sofocado, los constantes incidentes, los depósitos de armas descubiertos, el pujante bandolerismo, las reuniones y asambleas —algunas públicas y manifiestas—, los artículos de la prensa simpatizante, los apoyos que recibían en los Estados Unidos y las continuas confidencias, eran advertencias que las autoridades tenían que haber tomado en serio. Cada día saltaba un asunto que daba motivo de alarma.

En el Gobierno, desde finales de 1892, el ministro de Ultramar Antonio Maura, con el firme propósito de terminar con el problema cubano, decidió poner en marcha las reformas político-administrativas pendientes prometidas en la paz de Zanjón, y presentó en las Cortes un proyecto de autonomía. Reformas que fueron largamente discutidas y debatidas, porque todos los partidos estaban conformes con dar una solución, pero combatientes en cuanto al cómo y al cuándo.

En agosto de 1893 el Gobierno nombró al general Calleja primera autoridad de Cuba, para que implantase las reformas cuando fueran aprobadas

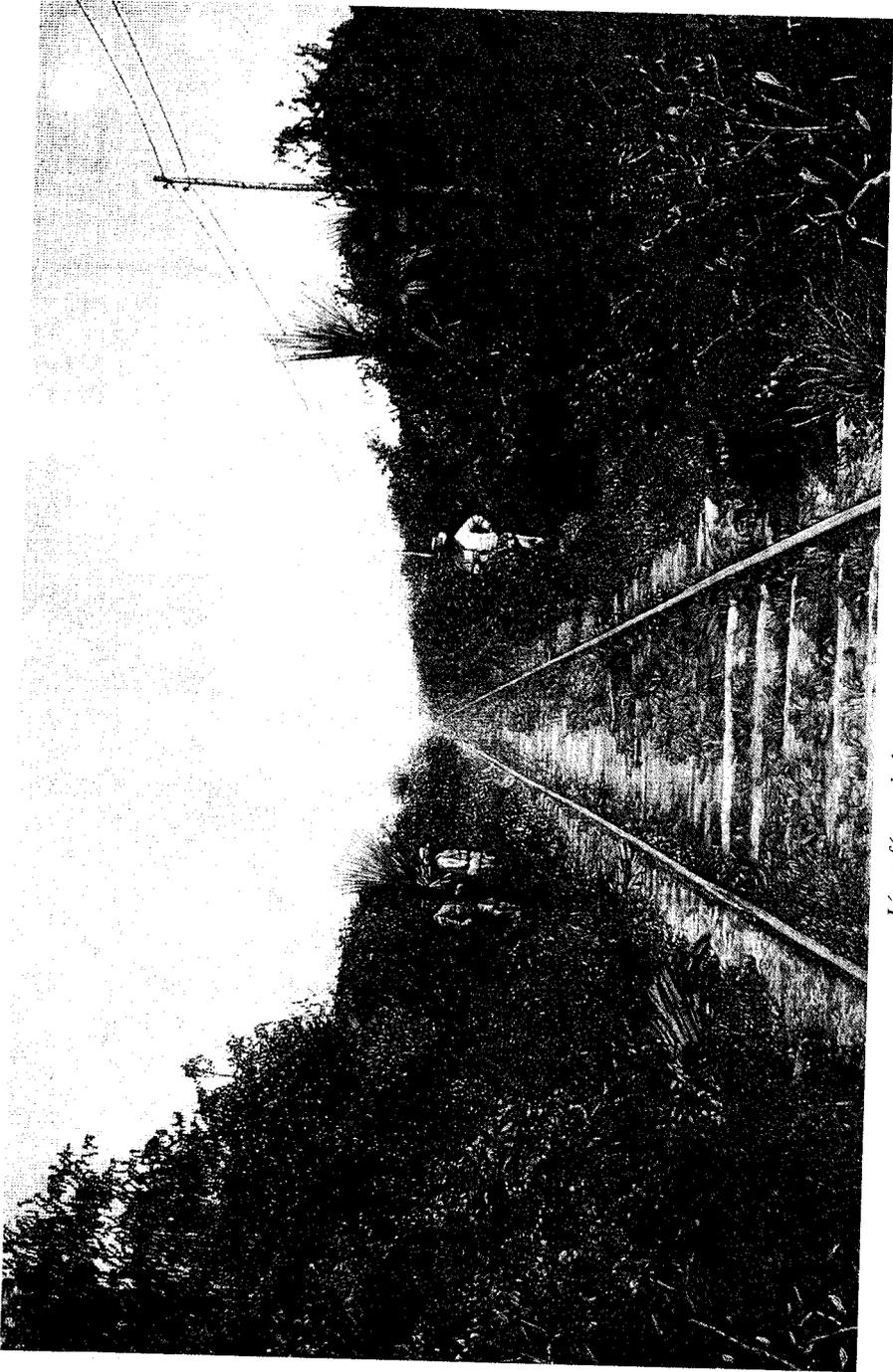
por las Cortes y tratara de poner paz en los alterados ánimos de la población. A su llegada encontró una agitación política superior a la que esperaba y un ejército manifiestamente insuficiente, sin fuerzas auxiliares de milicias y voluntarios. Los ocho millones del presupuesto correspondientes al ramo de Guerra no llegaban para el gasto de personal de la fuerza indispensable para la defensa de la isla: mucho menos para dotar los parques, almacenes, factorías y hospitales; tener en buen estado el artillado y defensa de las plazas; proteger los caminos, vías férreas y trochas. En 1894, por primera vez desde la anterior guerra, se reforzó la guarnición ¡con un batallón de Cazadores!, pero en enero de 1895 se licenciaron los soldados cumplidos, quedando los cuerpos muy reducidos.

EL LEVANTAMIENTO DE BAIRE

Con el llamado "Grito de Baire", el 24 de febrero de 1895, se inició la definitiva guerra separatista en Cuba. El levantamiento, aunque quiso ser general en toda la isla, sólo tuvo éxito en Oriente. El mismo día las autoridades españolas lo sofocaron en Occidente y, con la detención de sus principales jefes, los insurrectos fueron fácilmente desorganizados por las fuerzas encargadas de perseguirles, haciendo a muchos prisioneros y otros se acogieron al bando del Capitán General, que les concedía la libertad si deponían las armas.

Otra vez volvió a repetirse la historia, Cuba estaba indefensa. El ejército permanente contaba con siete regimientos de Infantería y un batallón de Cazadores, dos regimientos de Caballería, un batallón de Artillería con una batería de montaña, un batallón de Ingenieros y tres tercios de la Guardia Civil. Todas las unidades con las plantillas muy reducidas por falta de reemplazos y por cubrir muchos destinos burocráticos y otros ajenos al servicio, sin contar la numerosa tropa que ocupaba permanentemente los hospitales y enfermerías. Con los servicios de campaña sin organizar y las unidades dotadas con el fusil Remington, modelo 1871.

El capitán general Calleja, que todavía esperaba la llegada de las anunciadas reformas, con una buena intención que nadie dudaba, se quería mantener neutral en la política del país e incomprensiblemente también lo era con los separatistas. Pero sus contemplaciones no sirvieron para contener la nueva sublevación, al contrario, permitió que se diesen las condiciones adecuadas, sin tener nada organizado, para combatirla. Incluso recibió la segunda quincena de marzo la primera expedición de tropas de la Península sin haberlas solicitado, compuesta por siete batallones y reemplazos.



Línea férrea de la trocha de Júcaro a Morón.

El levantamiento no preocupó al Gobernador. Con la ausencia de los principales jefes, y con el centro y las provincias occidentales tranquilas, lo consideró como uno de tantos intentos que frecuentemente se daban. Al conocer la noticia ordenó al general de la provincia de Oriente que saliera en persecución de los rebeldes, mandó suspender las garantías constitucionales y dio la noticia al Gobierno restándole importancia. Sus gestiones se encaminaron a intentar pactar un alto el fuego con los sublevados y que todos se acogieran al indulto, sin el menor resultado.

Sólo una reacción militar rápida y enérgica hubiera podido tener alguna posibilidad de éxito en los momentos iniciales contra las desorganizadas partidas. Pero el general Calleja en lugar de concentrar sus escasos medios, los dedicó a la protección de la propiedad y a la persecución de los insurrectos como si fueran los bandoleros de siempre.

Al formar Gobierno el partido conservador, a poco más de un mes de iniciarse el levantamiento, Cánovas decidió el relevo del general Calleja y designó para sustituirle al general Martínez Campos, que desembarcó en Santiago de Cuba el 17 de abril y llegó a La Habana el 24. Su plan inicial consistía en la declaración del estado de sitio en la provincia Oriental; prometer y conceder el perdón a cuantos se acogieran a indulto, que no fueran jefes de partida; designar tres bases de operaciones –los distritos de Santiago, Bayamo y Holguín– y distribuir entre ellas las fuerzas que disponía. Ordenó a los mandos que impusiesen a sus fuerzas la mayor movilidad y coordinasen las marchas para no dar descanso al enemigo, dejando en las grandes poblaciones a los voluntarios de guarnición, e inmediatamente manifestó: *Quiero que la guerra se haga como se debe hacer, sin causar la menor molestia al ciudadano pacífico. La guerra ha de ser por nuestra parte humana.*

Por aquellos días, casi simultáneamente con el Capitán General, llegaron a la isla los hermanos Maceo, José Martí y Máximo Gómez, y la insurrección entró en un nuevo período de actividad. Muchos indiferentes hasta el momento acudieron a unirse a ellos o manifestaron abiertamente su apoyo. Martí quedó nombrado jefe supremo de la revolución en el exterior y en los asuntos no militares, Gómez comandante en jefe y Antonio Maceo jefe militar de Oriente.

El día 11 de mayo marchó el Capitán General a Oriente para asumir el mando del ejército. Como ya había recibido la segunda expedición de refuerzos y estaba llegando la tercera, con un total de unos nueve mil hombres, y tenía a su disposición los cuatro batallones de Puerto Rico, consideró que no necesitaba más tropas y estaba decidido a iniciar las operaciones aunque había empezado la temporada de las lluvias. Ordenó la fortificación

de algunos poblados, la construcción de fuertes en otros y destinó destacamentos de guarnición, lo mismo que a fincas, para proteger a sus habitantes y asegurar los cultivos. Dispuso la creación de depósitos de víveres en los tres distritos y señaló castigos para los que maltratasen heridos o prisioneros, aconsejando prudencia y el buen trato con los vecinos.

Sería imposible enumerar y relatar todos los encuentros y combates que se riñeron entre las tropas españolas y los insurrectos, que además no aportarían nada interesante, porque ninguno fue decisivo y normalmente ambos combatientes se atribuían el éxito. Su poca entidad resulta manifiesta con sólo dar las bajas reconocidas.

El 21 de mayo, cuando estaban en las orillas del río Cauto los jefes insurrectos con numerosas fuerzas salieron al encuentro de una columna española y entablaron combate en Dos Ríos, donde resultó muerto José Martí. Después de este hecho, la insurrección no sólo no desapareció, como creían los optimistas, sino que no modificó esencialmente ningún plan previsto.

A petición de Martínez Campos, dada la necesidad de fuerzas de Caballería para combatir a los insurrectos durante la primera quincena de junio, llegaron a la isla diez escuadrones, donde recibieron armamento y ganado, y un batallón de Infantería de Marina, con un total de tres mil hombres.

Máximo Gómez, eludiendo las columnas españolas, penetró en la provincia de Puerto Príncipe, y allí se unió a otras partidas bien armadas gracias al contrabando llegado por mar, levantando la comarca. El general Martínez Campos, que creía imposible que esto pudiera suceder, presentó su dimisión, que no fue aceptada. Para evitar que las partidas invadiesen Las Villas ordenó guarnecer la antigua trocha, que estaba totalmente abandonada; declaró el estado de sitio en Puerto Príncipe y organizó un cuarto distrito con dos centros de operaciones, con una brigada en cada uno. Solicitó seis batallones de refuerzo y el Gobierno le envió diez, que llegaron a finales de junio, con nueve mil soldados.

La insurrección iba creciendo, pero el general español más que hacer la guerra se esforzaba en buscar la paz y no quiso desplegar rigor alguno, precisamente cuando sus enemigos llevaban el incendio y la devastación por donde pasaban. Ordenó que los prisioneros fueran sometidos a consejo de guerra y los que voluntariamente se presentasen podían volver a sus hogares con sólo dar cuenta a las autoridades. Esta disposición permitió que entraran y salieran del campo de la insurrección cuantos quisieron: descansaban, se proveían de lo que necesitaban y volvían.

Para compensar su fracaso, Martínez Campos asumió otra vez el mando directo de las operaciones: conducta que no reportó ningún beneficio, pero

que por poco le cuesta la vida en el combate de Peralejo, el 13 de julio, donde murió el brigadier Santocildes. Pequeños chispazos llegaron a perturbar la paz en las provincias de La Habana y Pinar del Río, lo que no había sucedido ni en plena guerra de los Diez Años. Había indicios de que si los insurrectos llegaban allí, encontrarían importantes apoyos.

Los desembarcos de armas, municiones y refuerzos continuaban sin poder impedirlos. La marina se reforzó, pero el principal obstáculo era la paz teórica que había en Cuba, que no permitía detener ni visitar los barcos extranjeros. El contrabando podía realizarse impunemente, salvo que fuesen sorprendidos *in fraganti*.

Durante el mes de agosto pequeñas partidas atacaban fincas y destruían vías férreas en Las Villas, donde el Capitán General, con las fuerzas que ya estaban y parte de las llegadas, organizó el quinto distrito dividido en seis zonas con un total de dieciocho batallones, doce escuadrones y una compañía de Ingenieros. Para atender a la defensa de la propiedad y ferrocarriles, a cada batallón le asignó un territorio fijo. En el combate de Sao del Indio, el 31 de agosto, los insurrectos utilizaron por primera vez dinamita y puede considerarse uno de los más sangrientos de toda la guerra.

Después del combate de Peralejo y de la aparición de partidas en Las Villas, el Gobierno ordenó el refuerzo de veinte batallones, ocho escuadrones, un batallón de Artillería, dos baterías de montaña y un batallón de Ingenieros, que con los recmplazos sumaban un total de veintinueve mil hombres. Unidades que, como el Capitán General había solicitado, llegaron a la isla durante el mes de agosto para facilitar la aclimatación. También para atender los muchos enfermos se organizaron siete hospitales y cuatro clínicas en toda la isla con mil setecientas cincuenta camas.

LA INVASIÓN DE OCCIDENTE

El 22 de octubre los insurrectos iniciaron la invasión de las provincias occidentales. Según sus diarios de operaciones, salió la fuerza de Mangas de Baragua al mando de Antonio Maceo y por el camino se le fueron incorporando otras partidas. Mientras tanto, el día 28 Martínez Campos informaba que a consecuencia de las copiosas lluvias se veía obligado a suspender las operaciones en el departamento Oriental. Lluvias que no impidieron a los insurrectos dejar las montañas y entrar en la llanura de Camagüey, donde recibieron nuevos refuerzos, siguieron avanzando con rapidez ocultando sus movimientos, con sólo pequeños encuentros con las fuerzas espa-

ñolas. Por su parte Gómez, desde Puerto Príncipe, paso la trocha de Júcaro a Morón el 3 de noviembre y aunque salió una columna en su persecución, se perdió en la manigua.

El paso de la trocha lo tenían fácil los insurrectos porque estaba olvidada y con una guarnición totalmente insuficiente; en cambio, todos los ingenios disponían de pequeñas guarniciones de soldados y voluntarios. Martínez Campos, que quería asegurar la zafra y limpiar de insurrectos la provincia, concentró considerables fuerzas y asumió el mando pero, como se había perdido el rastro de Gómez, las columnas españolas operaban en diferentes direcciones para obligarle a presentar combate, sin conseguirlo.

Las fuerzas de Antonio Maceo alcanzaron y pasaron la trocha el 29 de noviembre; después se reunió con Gómez y para tener el menor desgaste posible y engañar a los españoles dividieron la columna. Mientras una parte avanzaba por el sur creando la mayor confusión posible, la otra progresaba por el centro, para reunirse ambos grupos en la provincia de Matanzas.

Las fuerzas insurrectas trataban de evitar una acción de importancia por medio de un movimiento muy rápido, no obstante, atacaron un convoy español y tuvieron algún encuentro de los que trataban de evitar. En los Altos de Manacal, el 10 de diciembre, libraron un reñido combate y se retiraron perseguidas por tropas españolas en dirección al oeste. Como necesitaban municiones atacaron en Maltipempo, y con el botín capturado lograron aliviar su situación.

Gracias a la llegada de la nueva expedición –durante la mitad de octubre y todo noviembre– con veintidós batallones y reemplazos, acompañados de suficientes mandos superiores, el general Martínez Campos reorganizó sus fuerzas a primeros de diciembre en dos Cuerpos de Ejército, el primero en Oriente y el segundo en Las Villas; la primera comandancia en el Camagüey y la segunda en Matanzas, La Habana y Pinar del Río. Ordenó a la brigada de Matanzas cortar la entrada de los insurrectos y adelantó columnas que se habían quedado a retaguardia del enemigo.

Durante la segunda mitad de diciembre las numerosas fuerzas de los insurrectos entraron en las provincias occidentales después de pequeños encuentros con los españoles, gracias al apoyo de los campesinos y a destacamentos montados que se alejaban para incendiar campos y de esta forma hacer incierta su posición. Martínez Campos, que esperaba el fin de la estación de las lluvias y tenía paralizadas a sus tropas, consideró que podía ejecutar una maniobra para obligar a que se replegase el enemigo en dirección a la trocha de Júcaro a Morón, donde acumuló medios para poder coger entre dos fuegos a su grueso. En Coliseo, provincia de Matanzas, encontró a los insurrectos y lo que pudo ser una acción decisiva, se limitó a una esca-

ramuza entre cañaverales e incendios. Una fuerza española de dos mil quinientos hombres atacó a un enemigo superior que se replegó en dirección sudeste. Varias columnas los persiguieron sin éxito.

El Capitán General volvió a la ciudad de Matanzas, por si era atacada, pues esperaba que la invasión continuaría en dirección norte y concentró fuerzas en esa zona de la provincia. Por su parte, Máximo Gómez, para evitar un encuentro decisivo, ejecutó una contramarcha primero hacia el sur y después al este para entrar en Las Villas y regresar a Matanzas el primero de enero de 1896, arrasando campos y destruyendo molinos. Martínez Campos informó que el enemigo se había replegado al este, donde envió tropas.

El peligro que acechaba a Matanzas e incluso a la propia capital llevaron a proclamar el estado de sitio en las dos provincias. Por fin ordenó la recogida de caballos del campo para evitar fueran utilizados por los insurrectos. Estos, cuando entraron en la provincia de La Habana, con la destrucción de las mejores fincas reclutaron a muchos campesinos y al ocupar las poblaciones, algunas después de ruda defensa y otras sin lucha, recogieron armas y municiones, especialmente de los voluntarios. Cortaron el ferrocarril y la línea de telégrafo, dejando incomunicada la capital con Cienfuegos y Santiago de Cuba, que lo estaban con los cables submarinos, sin haber tenido ningún encuentro con las fuerzas españolas.

El general Martínez Campos acumuló fuerzas de otras provincias, reforzó las defensas y estableció un sistema de alarma en La Habana; atendió las demandas de protección de fincas; ordenó ocupar la trocha de Mariel, por ser el punto más estrecho de la isla, y envió ocho columnas a combatir a los insurrectos. Tenía en su contra que seguía ignorando la situación de los principales núcleos del enemigo, porque como siempre multitud de partidas atacaban e incendiaban en diferentes puntos.

El ejército de operaciones al finalizar el año 1895 había alcanzado los ciento trece mil quinientos hombres y todavía estaba llegando la octava expedición, compuesta por diez escuadrones, una compañía de Telégrafos y reemplazos con unos nueve mil soldados. Durante este primer año de guerra oficialmente hubo tres mil trescientos noventa y cuatro muertos entre mandos y tropa, de los cuales cuatrocientos cinco con motivo de combate y el resto por enfermedad; pero las bajas totales llegaron al veinte por cien. En Holguín, en un solo batallón, murieron a causa del vómito un jefe, seis oficiales y cien soldados y en plena época de lluvias otro batallón peninsular tuvo doscientas bajas por enfermedad y tres en combate.

Para terminar la invasión de Occidente, el siete de enero, Maceo, al mando de parte de la fuerza penetró en la provincia de Pinar del Río, mientras Gómez mantenía la capital en tensión para evitar que quedase encerrado.

Pasó la trocha el ocho y siguió evitando el encuentro con las tropas que le perseguían, tomó algunas poblaciones que estaban sin guarnición y sólo sostuvo un combate. El día 22 llegó a Mantua, extremo más occidental de Cuba.

Enterado Martínez Campos que, tanto en la Península como en Cuba, el malestar contra su proceder era creciente, después de reunirse con los representantes de los partidos políticos, informó al Gobierno de que la mayoría estaban en contra suyo y terminaba con "el Gobierno resolverá". Resolvió que debía entregar el mando y nombró para sustituirle al general Valeriano Weyler.

El general Segundo Cabo asumió el mando accidental y el día 30 salió de La Habana en busca de Máximo Gómez con dos columnas que marchaban en íntimo enlace con siete escuadrones, al mando de un coronel, en vanguardia. En el ingenio de San Antonio encontraron las avanzadas insurrectas y se dio el primer combate de importancia en la provincia de La Habana desde que la invadieron.

La explicación del desarrollo de la insurrección durante el primer año de guerra y el éxito de la invasión de Occidente hay que buscarla en los propósitos de los mandos de ambos contendientes.

LOS INSURRECTOS

El generalísimo Máximo Gómez había definido claramente los objetivos para no repetir los mismos errores que en la guerra de los Diez Años; que, según su criterio, se reducían al haber limitado la lucha a las provincias orientales y el no haber causado suficiente daño a la economía de la isla, privando a España de los recursos que necesitaba para defender su soberanía.

La nueva guerra debía ganarse haciendo económicamente imposible que España prosiguiese la lucha y sólo una campaña de tierra quemada era el camino de la victoria. Estaba decidido a que la guerra llegase a todos los rincones de Cuba y destruir todas las fuentes de riqueza. Ello produciría la ruina momentánea del país, pero era el precio que tenía que pagar por su independencia. A primeros de junio de 1895, en una circular dirigida a los hacendados y dueños de fincas ganaderas, consideraba que, cualquier explotación de recursos servía de ayuda al enemigo, y prohibía terminantemente el comercio con las poblaciones ocupadas por los españoles; todas las fincas azucareras debían paralizar su labor y las que intentasen realizar la zafra serían incendiadas.

Como en toda la isla se hicieron preparativos para la zafra, sin atender las proclamas de los insurrectos, en noviembre del mismo año volvió a anunciar que serían destruidos los ingenios, incendiadas sus cañas y depen-

dencias y destruidas las vías férreas. Todo el que trabajase sería considerado traidor y pasado por las armas. Aunque para evitar la total destrucción de la economía autorizó a los plantadores que lo solicitaban a realizar los trabajos necesarios para la conservación de las propiedades, como medio de acelerar la producción una vez terminada la guerra. Otros jefes de la insurrección opinaban que debía permitirse la producción a cambio de pagar una contribución, para obtener recursos, evitar la mala propaganda en el exterior y que los muchos propietarios extranjeros se pasasen al enemigo. La prohibición sólo debía aplicarse a los que desobedecían las consignas revolucionarias y quemados los molinos y campos de los que mostrasen simpatía a España o se fortificasen para su defensa.

Como los insurrectos eran buenos guerrilleros, muchos con experiencia de guerra, entre ellos los principales jefes, estaban convencidos que ni sabían ni podían vencer a los españoles por medio de una guerra clásica. Tenían que permanecer siempre en movimiento y ejecutar múltiples acciones simultáneas, para forzar a los españoles a permanecer a la defensiva y obligarles a dispersar sus fuerzas. Solamente se enfrentaban en combate abierto cuando era inevitable, estaban en condiciones muy ventajosas o necesitaban capturar armas y abastecimientos. Por eso los combates adversos no les producían abatimiento ni desmoralización. Como por su forma de luchar no estaban obligados a grandes resistencias y sus bajas eran pocas, las consecuencias de un combate desfavorable se limitaba a una marcha o a una dispersión más o menos completa.

No podían ocupar ciudades o posiciones fijas, donde las fuerzas españolas podían concentrar sus superiores medios; era mucho más rentable forzar la salida de su guarnición para sorprenderla, obtener armamento y quemar después la población. No buscaban grandes concentraciones y acciones decisivas, sólo realizaron una campaña en toda la guerra, la invasión de Occidente, para alcanzar su otro objetivo de extenderla a todos los rincones de la isla; pero sí consiguieron coordinar sus dispersas fuerzas cuando atacaban en un punto, en otros llamaban la atención y sus partidas amenazadas eran ayudadas a escapar por otras.

La especialidad de la guerra que hacían los insurrectos sólo era posible gracias al pleno conocimiento que tenían de todas las actividades de sus adversarios. Los habitantes del campo, voluntariamente o por miedo, informaban de todo movimiento de las tropas españolas; cuando pasaba una columna, el jefe insurrecto conocía por varios conductos de su dirección, entidad y armamento, lo que permitía si conseguía reunir fuerzas considerablemente superiores, elegir el punto de la emboscada y atacar o simplemente causar el mayor número de bajas y replegarse. El ataque a los con-

voyes de abastecimiento era una de las acciones más rentables porque, como conocían cuándo y por dónde iban a salir, preparaban la emboscada sin que la fuerza de escolta pudiera hacer una defensa activa, al tener que proteger la impedimenta.

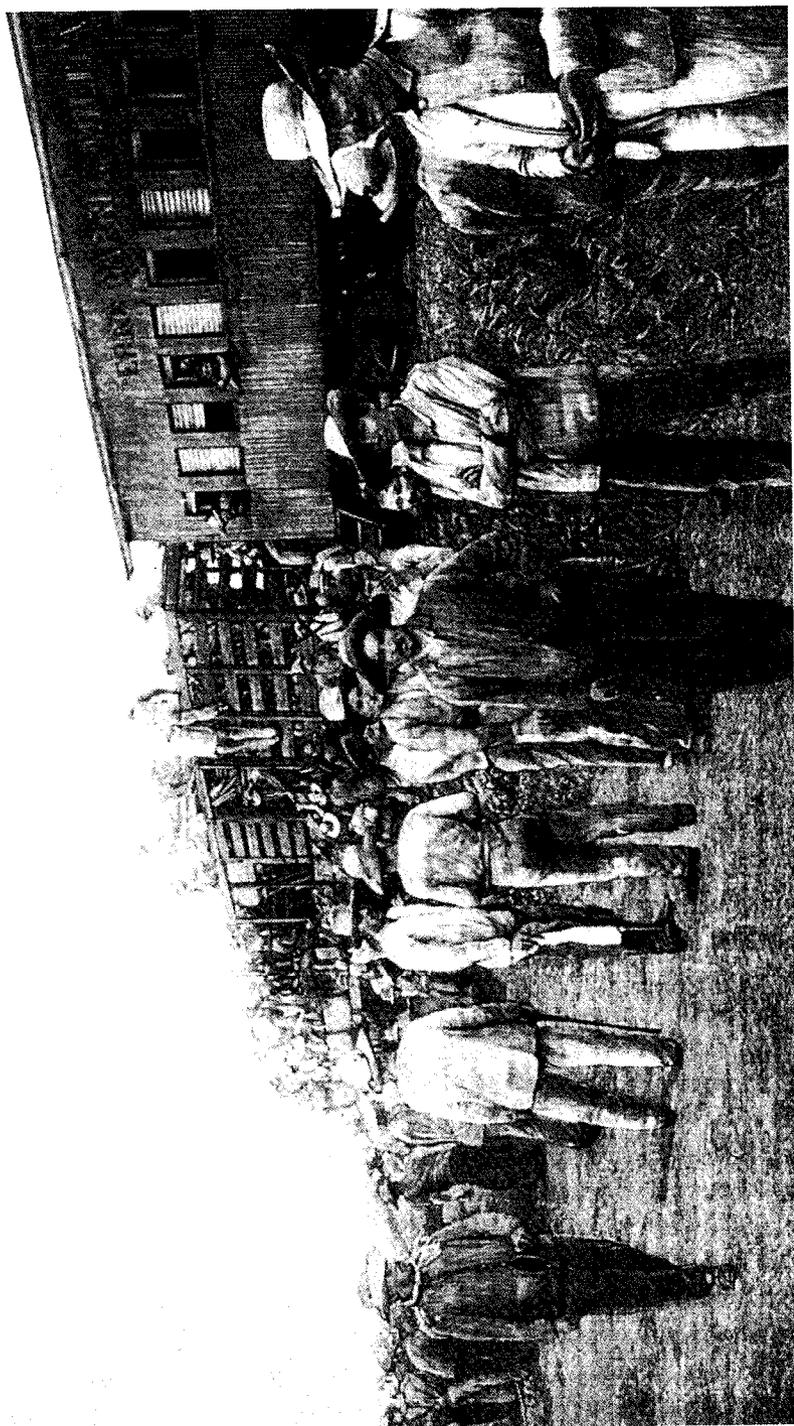
Los insurrectos quisieron dar a su ejército un carácter regular. Con el nombre de "Ejército Libertador" y ordenanzas militares, formaron cinco cuerpos de ejército con divisiones y brigadas, que correspondían a las regiones en que operaban. Organización que respondía más que a la realidad a la ilusión de formar unidades con irregulares partidas y jerarquizar los mandos. Las fuerzas cubanas no operaban con las grandes unidades en el campo, buscaban la máxima flexibilidad y preferían concentrar grandes medios en unidades constituidas en poco tiempo, pero la mayoría de las veces actuaban aisladamente unidades menores. El ejército insurrecto estaba organizado para responder a la necesidad de una rápida dispersión y una pronta reunión; por ello la relación entre la caballería e infantería era de tres a cinco.

Tuvieron especial cuidado en organizar el apoyo a los combatientes. En cada provincia o municipio nombraron un prefecto o subprefecto que entre otros cometidos tenía el de obtener, voluntariamente o por la fuerza, de los habitantes de la zona los productos necesarios para sostener las partidas. También establecieron campamentos semipermanentes en zonas que dominaban, escondidos en valles poco cruzados por caminos, donde cultivaban y tenían hospitales. Uno de los productos de mayor importancia fue la sal y para resolverlo establecieron salinas en puntos de la costa poco accesibles. El armamento, municiones y explosivos los recibían principalmente en barcos filibusteros y lo completaban con el capturado a las tropas españolas, principalmente a los voluntarios.

Como los naturales de la isla estaban más o menos inmunizados contra las enfermedades, según cifras cubanas tres mil cuatrocientos treinta y siete insurrectos murieron de enfermedad, número inferior a los cinco mil ciento ochenta que lo hicieron a consecuencia de los combates. Datos que se contraponen con las bajas españolas por los mismos motivos. Cuando le preguntaban a Máximo Gómez quienes eran sus mejores generales, respondía que "junio, julio y agosto", que eran los meses en que las epidemias estaban en alza.

EL GENERAL MARTÍNEZ CAMPOS

El general Martínez Campos buscó al mismo tiempo dos propósitos opuestos y naturalmente no tuvo éxito en ninguno. Trató simultáneamente la zafra y la guerra. Aunque llegó a disponer de numerosas tropas, no eran



La guerra en Cuba. Un tren militar conduciendo tropas.

suficientes para establecer destacamentos de seguridad y perseguir a los insurrectos. Confiaba en que los éxitos locales de sus fuerzas terminarían desmoralizando a los insurrectos y por eso no se decidía a emplear los refuerzos que fue recibiendo durante su mando en operaciones de gran alcance. Además, no perdía la esperanza de que la moderación y el diálogo darían buenos resultados. Incluso llegó a ordenar que no se utilizase la artillería por temor a que una bomba incendiase los campos de caña e imponer a los soldados la condición de ayudar a recoger la cosecha.

Este proceder del Capitán General de Cuba estaba en contradicción con los propósitos del Gobierno. Cánovas afirmaba: *la actual campaña ha de concluir a la fuerza y por la fuerza. El general Campos lo sabe y no piensa en otra política. Comprometidos como se hallan los intereses y el honor de la nación, lo importante es dejarlo a salvo, confundiendo al enemigo, no pactando con él, y para confundirlo se acumularán en Cuba todos los elementos necesarios, sin pensar en otra cosa que en vencer por medio de las armas, consiguiéndolo en el plazo más breve posible.*

Los planes de operaciones ejecutados por Martínez Campos se pueden resumir en “soldados en muchas partes y en ninguna los necesarios”. Diseminando las tropas por toda la extensión de Cuba en destacamentos y columnas pequeñas, las tropas españolas estaban en inferioridad en toda la isla. Era evidente que los pequeños núcleos poco podían hacer y prueba de ello es el relato de la mayoría de los combates que se sucedieron, en los que el enemigo es superior y fueron sorpresas o emboscadas para las columnas españolas.

Siempre se presentaba el mismo esquema. Las tropas españolas en su marcha ignoraban la situación del enemigo y su dirección de avance; por el contrario, los insurrectos conocían en todo momento la de las tropas españolas y los movimientos que realizaban. En estas circunstancias las columnas no tenían otra solución que buscar el contacto con los rebeldes, que se daba cuando y en donde éstos querían. En estas acciones, que eran de poca importancia y de ello da idea las bajas reconocidas por los bandos —dos muertos y ocho heridos o siete muertos y doce heridos—, después de varias horas de fuego, varias cargas a caballo y asaltos a la bayoneta, lo importante era mantener el contacto con los insurrectos, pero siempre se perdía cuando se disparaban los últimos tiros. Para terminar, las columnas españolas tenían que regresar a sus bases después de grandes fatigas y mal alimentadas, transportando a los heridos y enfermos, atravesando terrenos llenos de reses vacunas que eran respetadas por orden superior, ganado que los insurrectos aprovechaban e impedían que sirviera para el consumo de las poblaciones.

Las columnas de operaciones eran de muy heterogénea composición, tanto en sus elementos personales como su armamento. Sus jefes ejercían sobre ella normalmente un mando accidental, se cambiaban con frecuencia y no tenían a sus órdenes fuerzas de sus propios cuerpos. Había batallones que tenían sus compañías e incluso fracciones menores distribuidos en varias columnas que operaban distantes entre sí. Los escuadrones estaban repartidos por secciones y pocas veces operaban reunidos. Resultaban poco resolutivas para una campaña que exigía gran movilidad, extensión y constancia en las operaciones. Su acción tenía muy reducidos límites y muchas, pues operaban sin enlace ni apoyos inmediatos, podían ser objeto de impunes ataques de los rebeldes. Como no se establecieron en puntos apropiados centros de aprovisionamiento, las columnas tenían que regresar a sus cabeceras después de la segunda o tercera jornada por no tener donde reponer las provisiones y municiones ni donde dejar a los enfermos y heridos.

Las poblaciones, las propiedades, los ferrocarriles, etc. necesitaban muchos efectivos para su seguridad y para garantizar la zafra. Como la insurrección dominaba el campo, sólo a fuerza de destacamentos, uno en cada finca, podía dar alguna garantía. Pero como era imposible que cada guarnición aislada tuviera la fuerza necesaria para resistir el ataque por sorpresa de una numerosa partida, resultaba que los pequeños destacamentos atraían más que ahuyentaban a los insurrectos. Aparte de consumir muchas tropas, obligaban al resto a ocuparse de su abastecimiento por medio de convoyes, operaciones peligrosas.

A estos destacamentos, en el mejor de los casos con un oficial y veinte soldados o un sargento con diez y algunos voluntarios, que dieron ejemplo del cumplimiento del deber rechazando a enemigos muy superiores, se les exigió un comportamiento heroico. Martínez Campos ordenó que no se aceptase rendición alguna en la que no se hubiera hecho mérito para obtener la cruz de San Fernando y si algún comandante tratara de rendirse, el que le siguiese, sargento o cabo, debía impedirlo y tomar el mando, en caso contrario sería juzgado con la misma severidad que al jefe.

En octubre, Martínez Campos, en unas declaraciones a la prensa, expuso su plan de operaciones, manifestando que de momento el mal estado de los caminos no permitía una campaña activa, pero en noviembre la iniciaría y sería tan agresiva como pudiese. El general se proponía dividir las tropas en pequeños destacamentos, cuyo número variaría según las circunstancias; porque si enviaba una columna de cinco mil hombres no encontraría jamás al enemigo, porque los insurrectos se disolverían en la manigua. Las columnas se organizarían según el terreno y el enemigo en cada provincia. En

Santa Clara, de doscientos a trescientos hombres, y si el enemigo atacaba en número muy superior, podría hacer daño pero no tardaría en recibir auxilio de otro destacamento. En Remedios y Sancti Spiritus las columnas serían mayores, de seiscientos a setecientos hombres, porque los insurrectos eran más numerosos o mejor armados, y en Santiago de Cuba de mil a mil trescientos.

Pero las operaciones de la guerra no estaban presididas por un plan general bien definido, ni siquiera planes fijos y fundados para cada una de las regiones de la isla, que por sus desiguales condiciones y circunstancias exigían modos distintos de hacer la guerra. Puede que la falta de un plan lo compensase el general Martínez Campos ejerciendo el mando, centralizando en su persona todas las decisiones.

Al mando de los Cuerpos de Ejército y Comandancia General estaba un general que ejercía jurisdicción no sólo sobre la gran unidad, sino sobre el territorio que ella comprendía. Solución adecuada a la extensión del territorio, pero que no fue aplicada en su plenitud por recelo a que las iniciativas del general en jefe se desvirtuasen. Quedaron limitadas de tal modo las atribuciones de estos mandos y coartada su libertad de acción, que lejos de facilitar el éxito de las operaciones, se crearon obstáculos y dificultades que entorpecieron la acción de las Armas.

Cuando los mandos subordinados tenían que tomar una decisión urgente, no podían ejecutarla inmediatamente si se separaba de las prescripciones del Capitán General, pues tenía que consultarla previamente, perdiendo la oportunidad de su aplicación; eso en el caso que el general en jefe prestase su consentimiento, pues normalmente se resistía a modificar el concepto general de sus planes. Cuando se decidieron a actuar, dando luego cuenta, llegaron a ser desautorizados con más o menos cortesía.

Estos mandos carecían de facultades orgánicas y no podían reorganizar sus fuerzas según las necesidades de la guerra en sus respectivas regiones y llegaron a carecer de atribuciones para constituir o suprimir destacamentos, organizar columnas, establecer defensas, etc. Las órdenes del mando superior de trasladar columnas o fracciones de una región a otra, era la causa de que ninguna tuviera una organización fija. En ocasiones, alguna llegó a disponer solamente con tres o cuatro columnas heterogéneas o contaba con fuerzas que no dejaban de pertenecer a otro Cuerpo de Ejército, originándose lamentables confusiones por las órdenes que recibían por distintos conductos.

Sólo por el error del plan y la exagerada centralización de las iniciativas para el mando y dirección, que tanta debilidad proporcionó a las fuerzas españolas, se comprende que los insurrectos, partiendo del extremo

oriental de la isla, recorrieran mil kilómetros sin que ningún núcleo importante de tropas españolas pudiera presentarles combate decisivo, llegando al extremo occidental sembrando la destrucción y levantando la parte del país a donde la guerra anterior no había llegado en diez años.

A medida que la insurrección avanzaba, aumentaba sus fuerzas, dejando todo el territorio sembrado de partidas que amenazaban con la destrucción de toda riqueza. Las tropas españolas tenían que reaccionar no sólo para oponerse al paso de las fuerzas invasoras, sino también para combatir a las partidas locales que se multiplicaban sin cesar. El resultado fue, que, mientras los insurrectos incrementaban sus fuerzas, los españoles se desvanecían.

SEGUNDO AÑO DE GUERRA. EL GENERAL WEYLER

No tuvo el Gobierno ningún problema para sustituir al general Martínez Campos, con sólo escuchar la opinión pública ya tenía sustituto. Todos estaban de acuerdo, el teniente general Valeriano Weyler, entonces Capitán General de Cataluña. Nombrado el 19 de enero de 1896, manifestó que no estaba conforme con la política de Martínez Campos y, aunque no representaba el exterminio, contestaría a la guerra con la guerra, tendría toda clase de consideraciones con los leales y a los insurrectos les aplicaría rigurosamente la ley.

Llegó a La Habana el 10 de febrero y encontró una situación muy grave, con partidas insurrectas en toda la isla; Maceo y Máximo Gómez a corta distancia de la capital, donde dominaba el miedo y estaban tomadas todas las medidas contra un ataque. En la ciudad no entraban artículos del campo sin pagar una contribución a los insurrectos y al día siguiente de su llegada no permitieron el suministro de leche.

Conocedor de Cuba, sabía que como no podía alcanzar la superioridad en toda la isla, debía lograrla en cada provincia sucesivamente y esta consideración era la base del plan de campaña: vencer la rebelión de Occidente a Oriente. Antes de iniciar nuevas operaciones se propuso dividir la isla en tres grandes territorios, aislados entre sí por medio de las dos trochas situadas en las zonas más estrechas, la de Júcaro a Morón, deficientemente guardada en aquellos momentos, y la Mariel a Majana, que una vez terminada y defendida, permitiría encerrar y batir a Maceo en Pinar del Río. Pacificada la provincia más occidental, continuaría las operaciones en las centrales para acorralar a los insurrectos contra la trocha de Oriente, para terminar con la misma operación a la inversa desde Santiago de Cuba hacia el oeste.

En un plazo mínimo de dos años esperaba no dejar en el campo nada más que las pequeñas partidas de bandoleros, como mal endémico de Cuba.

Primero se dedicó a redespregar las unidades, que estaban muy dispersas y más dispuestas para proteger las propiedades que para batir a los enemigos. Tenía que guarnecer las ciudades más importantes, para evitar que su toma por los insurrectos les proporcionase propaganda y abastecimientos; las dos trochas para conseguir incomunicar las tres regiones y dedicar el resto de las fuerzas a las operaciones activas. Dejaba la defensa de las fincas a unidades de voluntarios.

Organizó el ejército de la isla en tres Cuerpos de Ejército. El primero, en el departamento Oriental, Santiago de Cuba, al mando del general Bargués; el segundo, en Las Villas y Camagüey (Puerto Príncipe) a las órdenes del general Pando, y el tercero en las provincias de Matanzas, La Habana y Pinar del Río al mando del marqués de Ahumada. Posteriormente, cuando regresaron a la Península los generales Pando y Bargués, sólo quedó el tercer Cuerpo de Ejército y divisiones que dependían directamente del Capitán General. Todas ellas con brigadas, a su vez fraccionadas en columnas, formadas por unidades completas al mando de los propios generales, coroneles o tenientes coroneles.

Cambió el equipo de la caballería que una orden administrativa había dejado desmontada. Cuando desembarcaron los escuadrones recibieron la orden de entregar los equipos que traían para entregarles otros de nueva y defectuosa fabricación. Pronto se dejaron sentir los efectos y los caballos inutilizados dejaban a los jinetes a pie o prestando servicio y exponiendo su vida sobre un animal herido y enfermo; tal fue el desastre, que llegó a dudarse del Arma sin conocer los motivos. Reunió los escuadrones en regimientos y los empleó en las misiones que les eran propias, especialmente en el servicio de exploración. Incrementó las unidades de voluntarios, reorganizó las guerrillas, redujo el número de convoyes y solicitó nuevos refuerzos a la Península.

Para impedir que las ricas fincas de Occidente se convirtieran en fuentes de recursos de los insurrectos, anunció que desde agosto se proponía prohibir la próxima zafra y para evitar el paro en las vegas cortó la exportación de tabaco en rama, que después era elaborado en los Estados Unidos produciendo beneficios a las fábricas de los separatistas allí instaladas. Pero la medida que más rechazo encontró y que más argumentos dio a sus enemigos fue la concentración de los habitantes en zonas que interesaban a las operaciones.

Todos los habitantes de los campos o fuera de la línea de fortificación de los poblados debían reconcentrarse en el plazo de ocho días en los pueblos ocupados por tropas españolas, siendo considerado rebelde y juzgado como tal, el que se encontrase en despoblado. Quedaba prohibida la salida de

viveres de los poblados, la conducción de uno a otro sin permiso y los dueños de reses debían conducirlos a los pueblos. Estas medidas fueron aplicadas en las provincias afectadas por las operaciones y con ellas Weyler podía alcanzar varios objetivos, como privar a los insurrectos de medios de subsistencia y de información, limitar su propaganda y proselitismo e incluso afectar a su moral, por no tener contacto con sus familiares. Todos los insurrectos que se presentasen quedaban a disposición del Gobernador General para fijarles el punto donde debían residir, sirviéndoles de recomendación que facilitasen información aprovechable, el entregar armas y hacerlo en forma colectiva.

Antonio Maceo y Máximo Gómez se reunieron y acordaron evitar combates con las fuerzas que contra ellos se estaban organizando, replegándose en dirección a Matanzas. Al anuncio del general Weyler, a finales de febrero, de que la provincia de Pinar del Río pronto estaría pacificada, los insurrectos acordaron que Maceo continuaría su campaña en el oeste y Gómez en el centro. Siguiendo con su táctica huidiza, sin que las columnas españolas conocieran su situación exacta, ordenaron acelerar el ritmo de destrucción, cuando el primero pocos días antes había escrito una carta al Capitán General achacándole toda clase de atrocidades, para que tuviera una conducta humanitaria.

Por segunda vez y sin combatir, una gruesa partida al mando de Maceo entró en Pinar del Río. Aunque Weyler hubiera querido evitar este regreso, el hecho le permitía aplicar el plan que se había trazado al llegar a la isla. Situó en la trocha cuantas fuerzas le fue posible para constituir una verdadera línea militar y encerrar a Maceo sin que pudiera retroceder. Su defensa llegó a contar con doce mil hombres y veintiséis cañones.

Aislado Maceo, seguía eludiendo todo encuentro decisivo y mediante marchas y contramarchas trataba de ganar tiempo y sembrar la alarma en lugares alejados entre sí. Aunque recibió considerables ayudas por expediciones filibusteras procedentes de los Estados Unidos, como no llegaban los refuerzos del otro lado de la trocha, decidió atrincherarse en el territorio más accidentado del interior de la provincia.

En esta situación, después de continuos contactos, el general Weyler ordenó a finales de abril la ejecución de una acción combinada de seis columnas, para cerrar al grueso insurrecto en su campamento de Cacara-jicara. Preparada con detalle la operación, se realizó el día 30 y terminó con la toma del reducto, pero el retraso de una columna permitió la fuga de Maceo. Días después el general en jefe dirigió personalmente otra operación, que aunque batió al enemigo no se consiguieron resultados decisivos.

Mientras tanto, Máximo Gómez, que trataba de aproximarse a la trocha, tuvo varios encuentros en Sancti Spiritus que frustraron sus propósitos. La

consecuencia de esta evolución fueron las presentaciones de insurrectos, que motivaron los bandos de abril y mayo, concediendo el perdón a los cabecillas que se presentasen con sus fuerzas y armas y a los combatientes que quisiesen pasar a las filas españolas. Terminaba Weyler el segundo bando: *Estoy decidido a desplegar tanta energía y rigor con los enemigos, como generosidad con los arrepentidos.*

Sobrevenidas las lluvias en junio, hubieron de reducirse las operaciones, pero columnas móviles aseguraron la iniciativa en Pinar del Río. Después de sucesivos combates, otra operación combinada se efectuó el 22 de octubre contra el reducto rebelde. No le quedaba otro escape a Maceo que las montañas de El Rubí o forzar la trocha: hecho que intentó con muchos efectivos y un cañón, sin éxito.

La situación favorable en las provincias occidentales y la llegada de otra expedición, permitió al general Weyler atacar las posiciones de Maceo en Lomas de Rubí, tomando el reducto y persiguiendo a sus defensores, pero Maceo volvió a escapar. Las columnas se dedicaron a buscar y batir los núcleos insurrectos dispersados y para evitar que pudieran cruzar la trocha se situaron tropas a ambos lados.

En Oriente, Calixto García, nombrado jefe de la región, y Máximo Gómez, trataban de llamar la atención atacando varias poblaciones, entre ellas Casco-ro, y tomando Guáimaro. Pero como la situación de Maceo era cada vez mas insostenible, la noche de 4 de diciembre, con un pequeño grupo, salvó la trocha por mar en el puerto de Mariel, resultando muerto el día 7 junto con su ayudante, el hijo de Gómez, en un encuentro con una columna española.

Desde el inicio de la guerra en marzo de 1895 hasta primeros de enero de 1897 llegaron a la isla cuarenta generales, seiscientos cincuenta y un jefes, seis mil ciento siete oficiales y ciento setenta y seis mil sesenta y seis de tropa. De los cuales ciento treinta y nueve mil setenta y uno formaban parte de unidades expedicionarias y el resto eran reemplazos y recluta voluntaria. Es significativo que del total, ciento sesenta y tres mil setecientos setenta y un soldados pertenecían a Infantería, incluidos cuatro batallones de Infantería de Marina, y el resto, doce mil trescientos treinta y cinco, a las otras Armas.

Durante ese mismo período se recibieron ciento dieciocho mil quinientos setenta fusiles Mauser, modelo 1893 y diez mil seiscientos dos carabinas de 7 mm. con cuarenta y seis millones quinientos cuarenta y cuatro mil setecientos cincuenta cartuchos, mil ciento setenta y seis fusiles Mauser de 7,65 y siete millones cuatrocientos cuarenta y un mil doscientos setenta y tres cartuchos; sesenta y nueve mil seiscientos treinta y nueve fusiles Remington reformado, mod. 1871-89 y trece millones setecientos veinticinco mil quinientos veinte cartuchos; dieciocho mil trescientos fusiles

Remington, mod. 1871 y ocho millones trescientos cuarenta y cuatro mil novecientos noventa y ocho cartuchos.

La muerte de Maceo cambió el panorama de la guerra. Ni Weyler tenía que supeditar sus planes a perseguirle en Pinar del Río, ni Máximo Gómez tenía urgencia para acudir en su auxilio y pudo dedicarse a preparar una segunda invasión de Occidente, al mismo tiempo que buscaba avivar la guerra en las provincias centrales, donde no había alcanzado el grado de los extremos de la isla.

El general Weyler, que tuvo conocimiento de los propósitos del jefe insurrecto, salió de La Habana el 19 de enero de 1897 para oponerse a su avance y liquidar la rebelión hasta la trocha. Su plan establecía sucesivas bases de operaciones, como los ríos Hanábana y Palma, que separaban Matanzas y Las Villas; los ríos Jatibónico Norte y Sur y la trocha Júcaro a Morón que cerrada totalmente, debía impedir que fuera rebasada por Gómez para hacerse fuerte en Oriente o recibir refuerzos.

Avanzó rápidamente, procurando no dejar a su retaguardia grupos numerosos de enemigos, y alcanzó la segunda línea, desde la cual inició el ataque contra Gómez. El 26 de febrero informó de la pacificación de las tres provincias de Pinar del Río, La Habana y Matanzas y esperaba que hacia la primera quincena de marzo estuviesen Las Villas. La noticia más significativa era que la molienda se estaba realizando sin dificultades.

Para terminar con las partidas, el territorio debía ser ocupado por columnas de batallón. Las situadas hacia la costa debían tender a empujar a los insurrectos hacia el interior de la isla y siempre en dirección al oeste. En mayo quedó terminada por completo la trocha, construidas todas las torres o fuertes cada kilómetro y un blocao intermedio, un cuartel para las compañías y batallones que cubrían trayectos previamente marcados y en Ciego de Ávila —centro de la línea—, seis piezas de montaña en plataformas para ser conducidas rápidamente al punto atacado. Por el lado oriental, en el campo inmediato estaba colocado alambre de púas en seis metros. Como opinaba el generalísimo insurrecto: *En la trocha no se mueven, pero la han puesto que no pasan ni los ratones.*

Sistema defensivo que colocaba a Calixto García y Máximo Gómez al este y al oeste de la trocha incomunicados entre sí, en la misma situación que antes estaba Maceo. Gómez, en el territorio de Sancti Spiritus, procedía con su característica cautela para esquivar las columnas españolas, no encontrando el momento de iniciar su proyectada segunda invasión. Las partidas en las provincias occidentales no le despejaban el camino y Calixto García no podía prestarle ayuda. Éste recibió un alijo más importante que los anteriores, en las proximidades de Holguín, compuesto por mil cuatrocientos ochenta rifles, un cañón de 12 cm., otro de dinamita, una ametralladora, dos millones quinientos mil cartuchos, tres mil proyectiles para el cañón



Capitán General Valeriano Weyler.

y tres mil para el de dinamita, quince mil de ametralladora, tres toneladas de explosivos y ciento cuarenta cajas de medicamentos. Este contrabando favoreció la lucha en Oriente, que no había decaído desde el principio, mientras cedía en el resto de la isla donde prosperaba una sensación de victoria española.

Ocupado todo el territorio, desde el este a la trocha de Júcaro, por las fuerzas que el general Weyler había distribuido con criterio flexible, la insurrección estaba dominada en Pinar del Río, donde Rius Ribera, sucesor de Maceo, había caído prisionero y una nueva línea militar de Jaimiquí a Sitio Nuevo tendía a impedir el aprovisionamiento de las últimas partidas. Lo mismo sucedía en las demás provincias occidentales. El Capitán General informaba al Gobierno, que conferenciaba diariamente con La Habana, desde Las Villas y los trenes circulaban con la misma regularidad que en paz, llegando a sus últimas estaciones sin interrupción de ninguna clase. Todo el tabaco sembrado en el otoño anterior pudo ser recibido y la molienda se efectuaba con normalidad. Ya en abril le decía al Ministro de la Guerra: *Visto estado campaña no necesito refuerzos, incluso de recluta voluntaria. Caso de hacerme falta los pediré con suficiente antelación.* Seguía confiado en dar fin a la guerra antes de cumplir el plazo de dos años que se había fijado.

Según datos oficiales, durante la campaña del primer semestre de 1897 se habían producido trece mil cuatrocientas ochenta y nueve bajas definitivas; de las cuales siete mil ciento cuatro por pasar a la Península, mil setecientas por inutilidad y tres mil seiscientas ochenta y cinco por defunción. En los hospitales y enfermerías había una media mensual de veintún mil enfermos.

El general Weyler consideró que había llegado el momento de iniciar las operaciones en la provincia de Oriente y sólo tenía que esperar a que pasase la temporada de lluvias, con su secuela de enfermedades. Para dedicarse por entero a la campaña delegó sus funciones en el ejército del resto de la isla en sus respectivos mandos y el 3 de julio concedió un amplio perdón a los colaboradores e insurrectos que se presentasen con armas o sin ellas, con derecho a socorro, vivienda y trabajo.

Al Capitán General le inquietaban los Estados Unidos, hasta el punto de prever la guerra y por eso quería asegurar el dominio de Oriente, ya que Santiago de Cuba y Manzanillo serían, a su juicio, objetivo principal de los norteamericanos. Las instrucciones dadas para la defensa de destacamentos y zonas de cultivo, se habían inspirado en un posible bloqueo de la escuadra yanqui. Decía: *Estoy convencido de que mientras más próxima esté la terminación de la guerra, más dificultades han de poner los Estados Unidos para evitarlo.*

El 7 de agosto Weyler salió para Oriente, para tantear el momento de iniciar la campaña y, al día siguiente, fue asesinado Cánovas. El nuevo

Gobierno puente, presidido por el general Azcárraga, le ratificó su confianza y aunque conocía lo precario de su situación, continuó con los preparativos de las operaciones.

Mientras tanto, Máximo Gómez trataba, sin conseguirlo, de romper el cerco y Calixto García, viendo que no podía ayudarle, realizó una operación de propaganda y asedió la plaza de Victoria de las Tunas, que se defendió durante quince días de un enemigo muy superior, sin llegar ningún refuerzo. Después de su toma, la incendiaron y abandonaron, pero sirvió de pretexto a los enemigos de Weyler del exterior y del interior.

Era normal que los insurrectos y sus aliados norteamericanos atacasen al general español, porque en él encontraban a su peor y más efectivo enemigo; pero resulta incomprensible que sectores españoles, muchos de los que antes le habían aclamado, cuando su proceder estaba próximo a alcanzar el éxito, le atacaban acusándole de cruel e implacable. Nadie ponía reparos de consideración a sus directrices o tácticas, se limitaban a reprobar procedimientos que había contribuido al buen camino de las operaciones. Cánovas pedía a Weyler la tensión ya existente, con la complicidad de los partidos y políticos de la oposición en la Península.

La prensa peninsular aprovechó la ocasión para sacar a relucir la inmoralidad administrativa y solicitar el cese de Weyler: grave problema tan endémico como la fiebre amarilla. Se publicaron noticias de fortunas improvisadas, que no tenían ninguna justificación; de soldados que padecían miserias y estaban mal alimentados; de falta de raciones y medios sanitarios; soldados que cobraban más en unos cuerpos que otros y el Estado pagaba a todos por igual.

No se podía acusar al ejército de la isla de inmoral, pero sí a algunos de sus miembros. La mala organización de la Administración; la necesidad de crear factorías para abastecer a las unidades, a cuyo frente no siempre estaba la persona más adecuada; las compras directas y al contado en los comercios de los pueblos; la escasez de recursos; el retraso en las pagas de más de seis meses; la emisión de papel moneda para no pagar en oro a los funcionarios nada más que el veinte por ciento, billetes de peso que sólo los aceptaba el comercio por cuarenta centavos, etc. Eran muchas las causas que favorecían los negocios ilícitos.

Weyler no negó que existieran abusos, pero trataba de evitarlos. Le sorprendía que los denunciantes no hubieran acudido a él, para proceder severamente como lo había hecho cuantas veces tuvo conocimiento, porque acostumbraba a oír hasta los soldados. Nombró una comisión para recibir las quejas, pero los tribunales de honor formados para estos casos no fueron eficaces, porque se limitaron a separar de filas a los indignos, pero éstos continuaban con el dinero adquirido ilegalmente.

EL REFUERZO DESDE LA PENÍNSULA

Durante el mandato del general Weyler el ejército en Cuba alcanzó su máximo volumen y es digno de resaltar el esfuerzo realizado por toda la nación para defender su soberanía en la Gran Antilla, lo que constituye el acontecimiento más sobresaliente de toda la guerra.

Resuelto el Gobierno desde el primer momento a reforzar el deficiente ejército en Cuba, el 1 de marzo ordenó a los capitanes generales que organizaran un batallón en pie de guerra con la denominación de Peninsular, número (el de la región), que inmediatamente embarcaron para la isla. Simultáneamente, por si era preciso enviar nuevos refuerzos, dispuso que los regimientos y medias brigadas de Cazadores debían estar preparados para formar con toda su fuerza un solo batallón dispuesto para embarcar y que tuvieran designados un determinado número de soldados para concentrarlos en los puertos.

Desde el primer momento se agravó el problema de la falta de oficiales subalternos, especialmente en Infantería. La necesidad de nuevas expediciones y cubrir las vacantes en la Península decidió al ministro a utilizar los servicios de los segundos tenientes de la escala de reserva. Los que no habían cumplido cuarenta y cinco años y tenían buena concepción podían ser destinados a los cuerpos activos de la Península y los que contaban con dos años de efectividad podían solicitar prestar servicio en el empleo de primer teniente en Ultramar, a falta de aspirantes de la escala activa.

Un artículo del periódico madrileño *El Resumen* provocó un grave incidente. Publicaba que los oficiales subalternos, al contrario que en los empleos superiores, no se presentaban voluntarios para servir en Cuba; acusación injusta, como aclaró otro diario, porque además de su escaso número, si iban voluntarios en estos empleos, las normas vigentes no les proporcionaban las ventajas que otorgaban a los destinados por sorteo. Indignados los oficiales, asaltaron la redacción del periódico.

Hecho que fue el inicio de la crisis política del gabinete de Sagasta y la formación de nuevo Gobierno presidido por Cánovas del Castillo, que estaba decidido a dar un brusco cambio al conflicto cubano. Nombró Ministro de la Guerra al general Azcárraga y como primera medida envió seis mil ochenta soldados de infantería de los preparados por los batallones, pero, fundamentalmente, para atender a las necesidades económicas que imponía la guerra. Concedió un crédito extraordinario para las secciones de Guerra y Marina del presupuesto de Cuba, por la cantidad que ascendiesen las obligaciones por servicios de carácter imprevisto, originadas por las alteraciones de orden público.

El nuevo Ministro de la Guerra, que ya se había distinguido en el mismo cargo por su labor de organización, asumió el trabajo que le correspondía y se dedicó a la preparación de tropas, armamento y material destinado a Cuba. Un conjunto de disposiciones y medidas establecieron orden y concierto en una empresa harto difícil para una nación agotada por un siglo de luchas internas y que poco antes, en 1893, con motivo de los sucesos de Melilla, mostró tan graves deficiencias. Más de tres meses se tardó en poner en las puertas de su casa a veinte mil reservistas llamados, que después recorrieron la Península sin objeto alguno, para encontrarse al llegar a sus destinos sin vestuario, equipo y armamento.

No era nada nuevo un ejército expedicionario a través del mar y España lo había hecho durante el siglo en varias ocasiones, pero en esta guerra merece especial atención porque rebasaba los límites imaginables. La preparación y transporte a través del Atlántico de un numeroso contingente, cumpliendo con toda exactitud los planes preparados, son dignos de toda clase de elogios y los mayores méritos correspondieron al general Azcárraga.

Hasta el momento, siguiendo el proceder mayoritario en la guerra de los Diez Años, el refuerzo se había organizado a base de nuevas unidades expedicionarias y reemplazos. La tropa estaba formada por voluntarios civiles o veteranos y soldados sorteados entre todas las unidades de una región, las clases procedían de varios cuerpos y los oficiales los nombraba el Ministerio. No podía haber más variedad. El general Azcárraga decidió cambiar el sistema y enviar fuerzas encuadradas e instruidas en los cuerpos activos.

El ejército activo de la Península, islas adyacentes y posesiones del Norte de África llevaba veinte años, desde que terminó la guerra carlista, sufriendo innumerables reformas, que en pocas ocasiones respondían a necesidades y eran el resultado de estudiados planes. Desde que el general López Domínguez formuló sus famosas reformas en las que todo lo sacrificaba a los recortes en el presupuesto, consiguió un ejército perfectamente organizado para la paz; en él había falta total de recursos bélicos y no se trataban de adelantos de la época, sino de los simples elementos imprescindibles.

En 1895 estaba formado por ochenta y dos mil hombres, organizados en sesenta y dos regimientos y veintitrés batallones de Infantería; veintiocho regimientos de Caballería; dieciocho regimientos y diez batallones de Artillería; cinco regimientos y dos batallones de Ingenieros; una brigada de tropas de Administración y otra de Sanidad, y numerosas unidades menores, Centros y Servicios. Esta organización sobre el papel se traducía en que todas las unidades estaban en cuadro: batallones de Infantería de trescientos doce hombres, regimientos de Caballería de trescientos noventa y ocho, de Artillería de trescientos doce y de Zapadores de trescientos ochenta y

siete. Plantillas de paz que no estaban cubiertas, a las que había de descontar un sin fin de destinos, algunos imprescindibles en la vida de guarnición, como bandas de cornetas y tambores, asistentes, escribientes, cocineros, carteros, lavadero, zapatero, sastre, etc.

En estas circunstancias, el Ministro de la Guerra procedió mediante previos planes de refuerzo, concentración, embarque y transporte a organizar las unidades que por sorteo les correspondía ir a Cuba. La orden de cada unidad expedicionaria comprendía: formación dentro de cada regimiento o media brigada, quienes marchaban y los que se quedaban, la procedencia del refuerzo necesario con todo detalle, uniformidad, armamento y material que llevaban o recibían, fecha y puerto de embarque y recursos económicos que se le adelantaban.

Los regimientos de Caballería designados por sorteo procedieron a organizar un escuadrón suelto y para que conservasen la tradición y el espíritu de sus cuerpos en cuya representación marchaban, tomaron su nombre. Debían remitir a su plana mayor copia de los diarios de operaciones y relación de altas y bajas. Los batallones expedicionarios se denominaron "Primero del regimiento..." y llevaron la bandera de esa unidad. Se les consideró destacados y por tanto conservaron todas las relaciones de historial y detalle.

Fue necesario llamar a filas a los que disfrutaban licencia ilimitada, los excedentes de cupo y los que estaban en situación de reserva; proceder a alistamientos extraordinarios voluntarios; al indulto de prófugos y desertores y al adelanto del llamamiento de quintas. Incluso se volvió a autorizar a empresas y a particulares para que presentasen voluntarios con destino a Ultramar. Todo ello en el marco de una ley de reclutamiento que permitía la redención a metálico y la sustitución.

Primero embarcaron para Cuba los soldados en filas, que aunque habían recibido instrucción en sus unidades, no era la precisa para aquella guerra. Después fueron mozos de diecinueve años salidos del campo, fábrica o taller que se convertían en soldados con sólo vestirlos de uniforme o, peor, voluntarios de los que muchos no reunían las condiciones físicas y morales de un combatiente. A todos se les ponía en las manos un arma y pocos disponían del tiempo necesario para aprender su manejo como mandaban las Ordenanzas. En Cuba, frente al enemigo, aprendían en el combate.

Como cada vez era más acentuada la falta de oficiales subalternos, el ministro ordenó organizar cursos abreviados en las academias militares para acelerar el término de la carrera; pero como no era suficiente, la ley de presupuestos de 1895 le autorizó a conceder el empleo de segundo teniente de la Escala de Reserva en todas las Armas y Cuerpos a los sargentos que estuviesen en su tercer reenganche y solicitasen servir en Ultramar. Ascendidos

los oficiales subalternos veteranos, sólo quedaron en estos empleos niños y cuarentones.

Se procedió a la compra de nuevos fusiles Mauser para Cuba y para sustituir en la Península los que se habían enviado. Aun así, la expedición de veinte batallones que embarcó en octubre y noviembre de 1895 tuvo que ser dotada de fusiles Remington reformados, pero las cartucheras eran las adecuadas para el Mauser, modelo español o argentino, previniendo un futuro cambio. Cuando el Capitán General de Cuba solicitó el envío de correajes hubo que reunirlos a prorrato entre todas las unidades de una región militar. Las compras en el extranjero comprendieron armamento, productos sanitarios e incluso raciones.

Por si fueran pocos los escollos a salvar para reforzar el ejército de la Gran Antilla, el 30 de agosto estalló la rebelión en Filipinas de los tagalos y mestizos de Luzón, la más civilizada de las etnias del archipiélago, que hasta entonces había sido el sostén de la soberanía española que, como no podía ser menos, cogió por sorpresa a las autoridades isleñas y al Gobierno.

CAMBIO DE POLÍTICA DE GUERRA. LAS REFORMAS

El dos de octubre de 1897 Sagasta se encargó de formar nuevo Gabinete, con Moret, Ministro de Ultramar y el general Correa, de Guerra. El Presidente había manifestado días antes: *Cumpliré mi programa, estableceré la autonomía en Cuba y destituiré a Weyler* y en el primer Consejo de Ministros confirmó la política a seguir: *Es un hecho evidente que el Ejército ha conseguido ya en el territorio cubano no sólo cuanto puede exigir el honor de las armas, sino todo lo que racionalmente cabe esperar del empleo de la fuerza en contienda de índole semejante. La pacificación ha de venir ahora por la acción política.* El general Weyler fue relevado el 9 y entregó el mando el 31 siguiente.

El general Blanco, nuevo Capitán General, debía llevar tranquilidad y esperanza en la proclamación de la inmediata autonomía. Su designación, sin duda, se debía a su carácter y fama opuestos a su predecesor, como demostró en su mando en Filipinas. Con una rapidez desconocida en la vida política española, Sagasta publicó el 25 de noviembre los decretos de las reformas y concedió una amplia amnistía a los presos políticos de Cuba y Puerto Rico. El año 1898 se inauguró con el juramento del Gobierno autónomo y Máximo Gómez contestó con la pena de muerte para todo oficial de su ejército que se acogiese a la amnistía y a todo emisario que tratase de la autonomía.

La autonomía la recibieron con agrado amplios sectores de la isla, aunque sólo fuera por representar una esperanza de paz; pero la tranquilidad no interesaba a los insurrectos y a los norteamericanos, tenían que demostrar su fracaso y a ello contribuyó un periódico proseparatista que provocó los ánimos de oficiales y otros españolistas que reaccionaron el día 12 asaltando la redacción, provocando la explosión de los intransigentes de todas las tendencias. Había que difundir el fracaso de la autonomía para justificar una intervención.

Una de las primeras medidas del general Blanco fue modificar la reconcentración, pero no abolió el sistema totalmente. Permitió que los propietarios que podían valerse con sus medios volvieran a sus tierras y los obreros agrícolas trabajasen siempre que residiesen en la finca o pasasen la noche en lugar fortificado, llevando siempre la documentación personal. Anunció un plan de ayuda para los que habían abandonado sus tierras y el Gobierno prometió fondos. Se recibió auxilio de los Estados Unidos, que les sirvió de propaganda.

El nuevo Capitán General hubiera seguido los planes de Weyler, pacificando primero la provincia de Santiago de Cuba para seguir en Camagüey. Esperaba alcanzar el objetivo antes de las lluvias de 1898, pero recibió instrucciones del Gobierno de renunciar de momento a toda ofensiva y limitarse a batir las partidas que operaban o pudieran surgir en las provincias ya pacificadas. En febrero ordenó una operación para reducir a Máximo Gómez que estaba en las proximidades de Sancti Spiritus y durante ese mes y el siguiente hubo combates de cierta importancia.

Desde el comienzo de la guerra hasta principios de 1898, según la compañía Transatlántica habían llegado a Cuba ciento ochenta y cinco mil doscientos setenta y siete soldados, de los que según algunos cálculos quedaban unos ciento quince mil. De éstos, veintiséis mil enfermos y treinta y seis mil destacados, quedaban para operaciones cincuenta y tres mil. La diferencia eran las bajas, que incluían los regresados a la Península. Desde el 20 de febrero al 10 de marzo fueron reforzados con diez mil soldados del cupo de Ultramar del último reemplazo.

A petición de la Santa Sede, el Gobierno ordenó el 9 de abril al general en jefe en Cuba, que concediese inmediatamente una tregua por el tiempo que estimase prudencial. Calixto García contestó a la publicación de la tregua unilateral española, con una circular del día 19, haciendo saber que los insurrectos no la aceptaban y ordenaba tirotear los pueblos como antes, atacando toda columna que salga procurando hacerles el mayor daño posible, y todos los que salieran con objeto de conferenciar bajo bases que no fueran la independencia absoluta, serían juzgados con todo rigor.

Las intromisiones de todo tipo de los Estados Unidos en relación a Cuba iban en aumento y crecía la tensión en sus relaciones con España. El 24 de

enero notificaron que, como prueba de amistad, el crucero Maine visitaría La Habana, mientras concentraban sus fuerzas navales a menos de cuatro horas de navegación de la isla. El 15 de febrero por la noche se produjo la explosión del barco, los acontecimientos se precipitaron y después de un intercambio de notas entre Washington y Madrid, el 21 de abril quedó declarado el estado de guerra entre España y los Estados Unidos.

El general Blanco iniciaba una proclama con: *Llegó, por fin, el ansiado momento de medir nuestras armas con los Estados Unidos y vengar tantas ofensas como de ellos tenemos recibidas en lo que va de siglo*, y se dirigió por carta a Máximo Gómez para decirle que el problema cubano había cambiado, que españoles y cubanos se encontraban frente a un extranjero y había llegado el momento de olvidar las pasadas diferencias. Naturalmente el jefe insurrecto rechazó todo trato.

LA GUERRA CON LOS ESTADOS UNIDOS

El Ministro de la Guerra, general Correa, el 6 de abril, hizo unas sorprendentes declaraciones: *No soy de los que alardean, pero solo de los que cree que, de los dos males, éste es el mejor. El peor sería el conflicto que surgiría en España si nuestro honor y nuestros derechos fueran atropellados. Lo que se debe evitar a todo trance es que nos cojan un barco y se dé motivo a que un telégrafo anuncie que se ha izado la bandera americana en uno de nuestros acorazados. Antes volarle. ¡Ojalá que no tuviéramos un solo barco! Esta sería mi mayor felicitación. Entonces podríamos decir a los Estados Unidos desde Cuba y desde la Península. ¡Aquí estamos! Vengan ustedes cuando quieran.*

Pese a tan irreflexivos comentarios, se llegó a la guerra con los Estados Unidos sin elementos de ninguna clase, agotados los escasos que disponía España, y mal empezó la guerra porque el principio de “voluntad de vencer” difícilmente lo podían tener quienes de antemano conocían que la victoria era imposible. Las condiciones de la guerra no podían ser más desfavorables para los españoles, tenían que combatir lejos de la metrópoli sin poder mantener expeditas las comunicaciones. Sus adversarios, por el contrario, estaban próximos a Cuba, con todos sus inmensos recursos en disposición de concentrarlos y emplearlos en corto plazo, podían enviar todas las tropas que necesitasen y dotarlas de medios y armamento que les proporcionaba sus potentes medios industriales. Si la guerra se prolongaba el tiempo incrementaría el desequilibrio.

La gran desproporción de las flotas de ambos contendientes permitió a los americanos el bloqueo, no completo pero sí efectivo, de las costas de



General Máximo Gómez.

Cuba. Lo establecieron al norte de Mariel a Cárdenas y al sur en Cienfuegos, con ello tenían prácticamente incomunicada con el exterior la porción más rica y poblada del territorio y la parte más importante de las fuerzas que lo guarnecían.

Dominadas las comunicaciones marítimas por el enemigo, la extensión de la isla, la falta de comunicaciones de la capital con la mayoría del territorio y la actividad de los insurrectos restaron a las tropas españolas la poca capacidad de maniobra que les permitían sus deficiencias. Los norteamericanos podían concentrar sus fuerzas sucesivamente contra las distintas formaciones españolas, resultando superiores no obstante de la inferioridad aparente de su ejército.

A nuevo enemigo y clase de guerra, nuevos planes de operaciones. Existía la posibilidad de concentrar las fuerzas sobre cuatro o cinco puntos principales (La Habana, Matanzas, Cárdenas, Cienfuegos y Santiago de Cuba) o el de continuar en el orden disperso que llevaba en sí la campaña separatista. El ejército de la isla cuando estalló la guerra estaba formado por el primer Cuerpo de Ejército con cuatro divisiones, en Pinar del Río, La Habana, Matanzas y Cárdenas; el segundo, con las divisiones de Santa Clara y Sancti Spiritus; la división independiente de la trocha; el tercer cuerpo, con divisiones en Puerto Príncipe y Holguín, y el cuarto con dos divisiones, en Santiago de Cuba y Manzanillo.

Era un difícil dilema, porque sin la menor duda las subsistencias eran una cuestión decisiva. El concentrar las fuerzas para ser superiores al enemigo y defender con éxito los territorios más importantes, facilitaba al enemigo el bloqueo y crearía el terrible problema de falta de abastecimientos. Dejando las tropas diseminadas por todo el país se favorecía la acción del enemigo.

Fuera la decisión correcta una u otra, lo cierto es que no se aprovechó el tiempo anterior a la ruptura de las hostilidades ni al inicio de las operaciones. En Cuba no había suficientes fuerzas para defender simultáneamente la isla entera, pero sí para sostener los puntos más importantes, dejando el honor de las armas en buen lugar.

La ciudad, no plaza, de Santiago de Cuba, era uno de esos puntos vitales y tenía que defenderse por ser el punto de amarre del cable inglés por las Bermudas, único para mantener las comunicaciones con la Península y Puerto Rico, y debió dotarse de los elementos necesarios, reuniendo las fuerzas que se hallaban desperdigadas en el departamento Oriental. Pero el 19 de mayo, con la llegada de la escuadra del almirante Cervera, se la convirtió en objetivo de los ataques enemigos. Por causa de la guerra los americanos disponían de mayores ventajas y los españoles estaban en inferiori-

dad de condiciones y ello sin la menor intervención de los primeros. Santiago de Cuba, situada en la provincia que más fuerza tenía la insurrección, bloqueada por tierra, desprovista de comunicaciones con el interior de la isla y con defensas totalmente anticuadas, no era el lugar idóneo para hacerla la clave de la guerra.

Santiago no era una plaza de guerra. Por parte del mar sólo tenía el castillo del Morro, que únicamente servía de blanco al enemigo, y a la entrada del puerto había dieciocho piezas de artillería, de ellas ocho de retrocarga y todas de escasa eficacia y alcance, y seis ametralladoras o cañones Nordenfelt para defender los torpedos que eran pocos y defectuosos. Por tierra sólo había alambradas y zanjas para contener los golpes de mano de los insurrectos. Se abrieron trincheras y se construyeron unos fuertes de madera, sin más resistencia que para fusilería, apoyados por veintiún cañones de bronce de avancarga, algunos totalmente inútiles. La guarnición después de reunir los destacamentos y refuerzos alcanzaron la cifra de seis mil quinientos hombres, diezmados por las enfermedades, sin medicinas ni víveres para resistir un largo asedio. Debió la escuadra buscar protección en La Habana, donde se disponía de las mejores defensas, más unidades y posibilidades de refuerzo, se podía evitar mejor los desembarcos y preservarse contra los bombardeos.

Bloqueada la ciudad de Santiago por la escuadra americana y por los insurrectos, su rendición representaba una base de operaciones, el apresamiento de los barcos refugiados en su bahía y un triunfo propagandístico. El general americano Nelson A. Miles eligió para desembarcar a Baiquirí situado a veinte millas al este de la ciudad, fuera del alcance de su defensa, y el 10 de junio lo hicieron unos seiscientos soldados que se atrincheraron en la costa sin que fueran molestados; después lo hicieron quince mil sin más problemas que las limitaciones del puerto.

El gobernador de Santiago, general Linares, al mando de una columna tuvo el primer encuentro con el enemigo cortando su primer intento de avance, pero se replegó sobre las posiciones que se interponían entre el enemigo y la plaza, El Caney y Loma de San Juan. La guarnición había sido reforzada con quinientos hombres desembarcados de la escuadra.

El primero de julio a las seis de la mañana iniciaron los americanos el ataque a El Caney, una aldea defendida por quinientos veinte hombres mandados por el general Vara de Rey, que resistió hasta las siete de la tarde que se retiraron los ochenta supervivientes. La misma suerte siguió Loma de San Juan, defendida por doscientos cincuenta soldados a las órdenes del general Linares. Intentó recuperar la posición una compañía de Marina pero no pudo con la superioridad enemiga. Vara de Rey resultó muerto y Linares herido, haciéndose cargo de la defensa el general Toral.

Al día siguiente continuó el ataque de los americanos ayudados por las partidas de Calixto García, pero habían tenido mil seiscientas bajas y su situación pudiera haber sido comprometida si llegaban refuerzos españoles. Pero desgraciadamente ese mismo día entró la columna del general Escario después de una penosa marcha, con escasos víveres y municiones, que poco refuerzo representaba.

La falta de avituallamientos y principalmente de carbón habían imposibilitado la salida de la escuadra antes de la llegada de la flora americana el 29 de mayo y a partir de ese día su destrucción era segura si intentaba forzar el bloqueo. Aunque en reuniones del almirante con sus mandos subordinados acordaron no salir, el general Blanco, que era partidario de que abandonase Santiago, el 20 de junio comunicaba al Ministro de la Guerra, la conveniencia de unificar la acción militar y por tanto que quedasen bajo su mando las fuerzas de mar y tierra. Recibió contestación afirmativa.

El día 25 Cervera informa al Capitán General que la salida implicaba la pérdida de la escuadra, quien le contestó que en caso de creerse próxima la caída de Santiago la escuadra debía salir y el 1 de junio, a la vista del ataque enemigo, le ordena y le reitera la salida urgente. Al mismo tiempo ordena al general Toral concentrar las fuerzas y prolongar la defensa para evitar que el enemigo se apoderase de la boca del puerto antes de salir la escuadra.

A las nueve y media del día 3 salieron los barcos con las luces apagadas a todo vapor y a las dos de la tarde el último, el *Cristóbal Colón*, embarrancaba a sesenta millas al oeste de Santiago y arriba el pabellón.

La destrucción de la escuadra arrastraba la pérdida de la plaza, cuya rendición iba a lograrse con el bloqueo sin necesidad de nuevos ataques. El general Blanco desde La Habana dirigió una alocución afirmando que el ejército moriría por la honra de España y por la integridad del suelo patrio. Quería que Toral prosiguiese la resistencia o intentara romper el cerco en combinación con las fuerzas de Guantánamo y Holguín. ¿Desconocía la situación de Oriente?

La población civil evacuó Santiago durante los días 5 y 6, acampando en El Caney, donde no disponían de ninguna instalación ni recursos. La plaza fue bombardeada desde tierra y mar, con los escasos víveres agotados, y sin esperanza de recibir refuerzos, después de rechazar varias intimidaciones. Toral informó al Capitán General, quien respondió que la capitulación debía ser conocida por el Gobierno.

El día 15, Madrid autorizaba al general Toral para aceptar las proposiciones que se le hicieran y, al día siguiente, se firmó la capitulación, que

incomprensiblemente incluía todas las fuerzas y material de guerra de la división del territorio, es decir, guarniciones que no habían tomado parte en los combates. Son dignos de conocerse los documentos siguientes:

Reconociéndose la Caballerosidad, valor y gallardía de los generales Linares y Toral y de las tropas de España que tomaron parte en las acciones que recientemente se han librado en las cercanías de Santiago de Cuba, como se ha demostrado en dichas batallas, nosotros los abajo firmantes, oficiales de ejército de los Estados Unidos, que tuvieron el honor de tomar parte en las acciones mencionadas y que ahora constituimos una comisión, tratando con igual comisión de oficiales del ejército español para la capitulación de Santiago de Cuba, unánimemente nos asociamos en solicitar a la autoridad competente que conceda a los bravos y caballeros soldados, el privilegio de volver a su patria llevando las armas que tan valerosamente han defendido. Firmado: Wheeler, mayor general, Lawton, mayor general.

Orden General de 17 de julio. La Habana. *Después de tres meses de heroica resistencia y de sangrientos combates, escasa de municiones, casi exhausta de víveres, la guarnición de Santiago de Cuba ha capitulado con el enemigo bajo condiciones las más honrosas y con todos los honores de guerra, en el día de ayer, cuando ya, a juicio de los valerosos generales que estaban a su frente, no podía extremarse más la defensa, a pesar del considerable refuerzo, que a costa de reñidas y sensibles pérdidas recibiera de Manzanillo, que si bien la colocó en situación de esforzar más la resistencia, le impuso un mayor consumo de sus mermadas subsistencias, aumentando su angustiosa situación... Carece de importancia estratégica y en nada o poco puede influir en sucesivas operaciones... El ejército está intacto, deseando medir sus armas con el invasor.*

La postración del espíritu público obligó al Gobierno a precipitar los preliminares de paz, cuando la guerra terrestre no había hecho más que empezar y el enemigo se preocupaba ante la perspectiva de los sacrificios que había de ocasionarle.

El primero de enero de 1899 en La Habana a las doce del mediodía se arrió la bandera española del castillo del Morro con honores militares y una salva de veintiún cañonazos hecha por los norteamericanos. Con ese acto terminó la soberanía española en Cuba e inmediatamente se izó la enseña de los Estados Unidos en las fortalezas y edificios públicos y el general Castellanos entregó el mando de la plaza al americano Wade.

Las cuentas liquidadoras del Ministerio de Ultramar desde el 4 de marzo hasta el 31 de diciembre de 1898 fueron:

Gastado en Cuba y Puerto Rico	1.952.708.413,85
Gastado en Filipinas	129.566.072,75
TOTAL	2.082.274.486,60
Deuda por obligaciones personales de Guerra, Marina, Guardia Civil, Orden Público, Clases Pasivas y otros	242.891.291
Por material de Guerra, Marina y varios.....	31.066.680
TOTAL	273.957.971
Por servicios de transporte y repatriación de tropas y empleados. Unos	34.000.000

Triste y penosa fue la repatriación del ejército y muchos son los lamentables relatos de los que regresaron. Barado proporciona uno:

Por fin, salí del hospital y aunque no del todo sano, pues me aquejaba una dolencia en el brazo, y hallándome poco menos que inútil para ganarme el sustento, me consideré muy dichoso. Iba pésimamente vestido y llevaba por toda garantía en el bolsillo un papel que valía por licencia y otro papelote mal llamado abonaré. Así fui despedido del ejército de la Isla; este es el saldo de cuentas que conmigo hizo la patria.

Cuando llegué a España, los espectáculos que hube de presenciar no fueron más halagüeños. Desembarcáronme casi a brazo, preso de indignas fiebres y lleváronme al hospital militar de Cádiz, en cuyas galerías bajas se aglomeraban centenares de infelices escuálidos como yo, de lángida mirada, tez amarillenta, pulso vacilante y agitada respiración. Todos ellos vestían un pobre pantalón de lienzo y una blusa de la misma tela, y sin embargo, tiritando de frío y exánimes por la debilidad, esperaban el momento en que se les diera el alta para marchar a sus casas, como hice yo a la mía. Sólo un corto socorro, sin ropas adecuadas a la estación, sin medios para alimentarme, cual conviene a un enfermo.

EJÉRCITO DE CUBA 1877-78

INFANTERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

- Regimiento de Alfonso XIII núm. 62 (3 batallones)
- Regimiento de María Cristina núm. 63 (3 batallones)
- Regimiento de Simancas núm. 64 (2 batallones)
- Regimiento de Cuba núm. 65 (2 batallones)
- Regimiento de Habana núm. 66 (2 batallones)
- Regimiento de Tarragona núm. 67 (2 batallones)
- Regimiento de Isabel la Católica núm. 75
- Batallón de Cazadores de Cádiz núm. 22
- Brigada Disciplinaria
- Cuerpo Militar de Orden Público

ORGANIZADOS EN LA ISLA PARA LA CAMPAÑA

- Batallón provisional de La Habana (Habana núm. 1)
- Batallón provisional de Cuba (Habana núm. 2)

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO DE PUERTO RICO

- Batallón de Cazadores de Valladolid núm. 21
- Batallón de Cazadores de Colón núm. 23
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 1
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 2
- Batallón provisional de Puerto Rico núm. 5

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO DE LA PENÍNSULA

- Batallón de Bailén peninsular núm. 1
- Batallón de la Unión peninsular núm. 2
- Batallón de Alcántara peninsular núm. 3
- Batallón de Talavera peninsular núm. 4
- Batallón de Chiclana peninsular núm. 5
- Batallón de Baza peninsular núm. 6
- Batallón de San Quintín peninsular núm. 7
- Batallón de Vergara peninsular núm. 8
- Batallón de Antequera peninsular núm. 9
- Primer Batallón del Regimiento del Rey núm. 1
- Primer Batallón del Regimiento de la Reina núm. 2
- Primer Batallón del Regimiento del Príncipe núm. 3

- Primer Batallón del Regimiento de la Princesa núm. 4
- Primer Batallón del Regimiento del Infante núm. 5
- Primer Batallón del Regimiento de Saboya núm. 6
- Primer Batallón del Regimiento de Sicilia núm. 7
- Primer Batallón del Regimiento de Zamora núm. 8
- Primer Batallón del Regimiento de Soria núm. 9
- Primer Batallón del Regimiento de Córdoba núm. 10
- Primer Batallón del Regimiento de San Fernando núm. 11
- Primer Batallón del Regimiento de Zaragoza núm. 12
- Primer Batallón del Regimiento de Mallorca núm. 13
- Primer Batallón del Regimiento de América núm. 14
- Primer Batallón del Regimiento de Extremadura núm. 15
- Primer Batallón del Regimiento de Castilla núm. 16
- Primer Batallón del Regimiento de Borbón núm. 17
- Primer Batallón del Regimiento de Almansa núm. 18
- Primer Batallón del Regimiento de Galicia núm. 19
- Primer Batallón del Regimiento de Guadalajara núm. 20
- Primer Batallón del Regimiento de Aragón núm. 21
- Primer Batallón del Regimiento de Gerona núm. 22
- Primer Batallón del Regimiento de Valencia núm. 23
- Primer Batallón del Regimiento de Bailén núm. 24
- Primer Batallón del Regimiento de Navarra núm. 25
- Primer Batallón del Regimiento de Albuera núm. 26
- Primer Batallón del Regimiento de Cuenca núm. 27
- Primer Batallón del Regimiento de Luchana núm. 28
- Primer Batallón del Regimiento de Constitución núm. 29
- Primer Batallón del Regimiento de la Lealtad núm. 30
- Primer Batallón del Regimiento de Asturias núm. 31
- Primer Batallón del Regimiento de Isabel II núm. 32
- Primer Batallón del Regimiento de Sevilla núm. 33
- Primer Batallón del Regimiento de Granada núm. 34
- Primer Batallón del Regimiento de Toledo núm. 35
- Primer Batallón del Regimiento de Burgos núm. 36
- Primer Batallón del Regimiento de Murcia núm. 37
- Primer Batallón del Regimiento de León núm. 38
- Primer Batallón del Regimiento de Cantabria núm. 39
- Primer Batallón del Regimiento de Covadonga núm. 40
- Primer Batallón del Regimiento de Baleares núm. 41
- Primer Batallón del Regimiento de Canarias núm. 42
- Primer Batallón del Regimiento de Garellano núm. 43

Primer Batallón del Regimiento de San Marcial núm. 44
 Primer Batallón del Regimiento de Tetuán núm. 45
 Primer Batallón del Regimiento de España núm. 46
 Primer Batallón del Regimiento de San Quintín núm. 47
 Primer Batallón del Regimiento de Pavía núm. 48
 Primer Batallón del Regimiento de Otumba núm. 49
 Primer Batallón del Regimiento de Wad-Ras núm. 50
 Primer Batallón del Regimiento de Vizcaya núm. 51
 Primer Batallón del Regimiento de Andalucía núm. 52
 Primer Batallón del Regimiento de Guipúzcoa núm. 53
 Primer Batallón del Regimiento de Luzón núm. 54
 Primer Batallón del Regimiento de Asia núm. 55
 Primer Batallón del Regimiento de Álava núm. 56
 Batallón del Principado de Asturias
 Batallón de Voluntarios de Madrid
 Batallón de Cazadores de Cataluña núm. 1
 Batallón de Cazadores de Barcelona núm. 3
 Batallón de Cazadores de Barbastro núm. 4
 Batallón de Cazadores de Tarifa núm. 5
 Batallón de Cazadores de Arapiles núm. 9
 Batallón de Cazadores de Navas núm. 10
 Batallón de Cazadores de Llerena núm. 11
 Batallón de Cazadores de Mérida núm. 13
 Batallón de Cazadores de Reus núm. 16
 Batallón de Cazadores de Puerto Rico núm. 19
 Batallón provisional de Baleares
 Batallón provisional de Canarias

CABALLERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

Regimiento de Hernán Cortés núm. 29
 Regimiento de Pizarro núm. 30

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Regimiento de Caballería del Rey
 Regimiento de Caballería de la Reina
 Regimiento de Caballería del Príncipe
 Regimiento de Caballería de Borbón

Regimiento de Caballería de Villaviciosa
 Regimiento de Caballería de Sagunto
 Regimiento de Caballería de Numancia
 Regimiento de Caballería de Alfonso XIII

ARTILLERÍA

EJÉRCITO PERMANENTE

Batallón de plaza núm. 10

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Batallón de Artillería de plaza núm. 11
 Brigada mixta de Artillería
 Regimiento de Montaña núm. 4
 Regimiento de Montaña núm. 5

INGENIEROS

EJÉRCITO PERMANENTE

Batallón de Telégrafos
 Batallón de Ferrocarriles

EJÉRCITO EXPEDICIONARIO

Primer Batallón del 3^{er} Regimiento de Zapadores-Minadores
 Primer Batallón del 4^o Regimiento de Zapadores-Minadores

SANIDAD

Segunda brigada, con 18 compañías distribuidas por el territorio

ADMINISTRACIÓN MILITAR

Plana mayor y 17 compañías desplegadas de transporte a lomo
 Primera compañía de arrastre
 Segunda compañía de arrastre

GUARDIA CIVIL

- 17 Tercio con 4 Comandancias
- 18 Tercio con 5 Comandancias
- 19 Tercio con 3 Comandancias

GUERRILLAS Y VOLUNTARIOS

- Primer Tercio de guerrillas
- Segundo Tercio de guerrillas
- Tercer Tercio de guerrillas
- Cuarto Tercio de guerrillas
- Quinto Tercio de guerrillas
- Sexto Tercio de guerrillas
- Séptimo Tercio de guerrillas
- Octavo Tercio de guerrillas
- Tercio, escuadras y guerrillas de Guantánamo
- Batallón voluntarios movilizados de Pando
- Batallón voluntarios movilizados de Matanzas
- Tercio de voluntarios y bomberos movilizados núm. 1
- Tercio de voluntarios y bomberos movilizados núm. 2
- Batallón voluntarios movilizados de La Habana

BIBLIOGRAFIA

Anuarios militares

BARADO, FRANCISCO: *Nuestros soldados*. 1909.

BAUTISTA CASAS, JUAN: *La guerra separatista de Cuba*. 1896.

Colecciones legislativas

DEPÓSITO DE LA GUERRA: *Memoria sobre la organización militar 1871-1890*.

DROCIR DE OSORIO, CASTO: *Cuba española*. 1890.

EFEELE: *El desastre nacional y los vicios de nuestras instituciones militares*. 1901.

- FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor: *Historia política de la España Contemporánea*. 1956.
- FORMER, Philip S.: *La guerra hispano-cubana-americana*. 1975.
- GALLEGO, Tesifonte: *La insurrección cubana*. 1897.
- ISERN, Damián: *Del desastre nacional y sus causas*. 1899.
- MAURA Y GAMAZO, Gabriel: *Historia crítica del reinado de Don Alfonso XIII durante su minoría*. 1925.
- ORTEGA RUBIO, Juan: *Historia de la regencia de María Cristina Hansburgo-Lorena*. 1905.
- PI Y MARGALL, Francisco: *Historia de España en el siglo XIX*. 1890.
- POLAVIEJA, Marqués de: *Un político en Cuba*. 1898.
- REVERTER DELMÁS, Emilio: *Cuba española*. 1898.
- WEYLER, Valeriano: *Mi mando en Cuba*. 1910.

ARTÍCULOS

- CASTELLANOS, Adolfo J.: “La guerra de Cuba”, “Guerrillas” y “La guerra en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1896.
- GARCÍA CABREJAS, Remigio: “Recluta para Ultramar” en *Revista Militar Española*. 1887.
- MADARIAGA, Federico: “La expedición militar a Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1896.
- MOYA, Francisco J. de: “Consideraciones militares sobre la campaña de Cuba” en *Memorial de Artillería*. 1890.
- NAVARRO, Modesto: “La guerra en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895.
- PEZUELA, Jacobo de la: “Ejército y Fuerzas Armadas en Ultramar” en *Asamblea del Ejército y la Armada*. 1862.
- SANCHIZ, Joaquín: “El Ejército de la Isla de Cuba” en *Asamblea del Ejército y la Armada*. 1857.
- 1.053: “Sobre la guerra de Cuba., La trocha”, “Amigos y enemigos del soldado en Cuba” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1896-1897.
- “Crónica General” en *Revista Científica Militar*. 1895-1898.
- “Estadísticas” en *Revista Técnica de Infantería y Caballería*. 1895-1898.